Pura Lealtad

CORAZONES DE HIELO



EVA LUNA RAY

Pura lealtad

Un veterano en su último invierno y el corazón que se niega a dejarlo caer

Corazones de hielo
Eva Luna Ray

© **2026, Eva Luna Ray.** Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa de la autora. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y que el hielo siga ardiendo.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad, jugadores de la liga o eventos deportivos es pura coincidencia o fruto del azar de las

mareas.

La serie **«Corazones de Hielo»** es una colección de refugios literarios diseñados para celebrar la fuerza, la redención y el amor que sana incluso las cicatrices más profundas del pasado. Estas páginas son una invitación a detener el tiempo, un viaje sensorial por la intensidad de la pista y un encuentro con lo que de verdad importa.

Gracias por iniciar este viaje conmigo por los rincones más fríos —y a la vez más cálidos— de nuestra geografía emocional. Que la bruma te sea leve y el corazón encuentre, por fin, su puerto seguro.

Índice

Capítulo 1: El crujido de la rodilla
Capítulo 2: Polvo en las estanterías
Capítulo 3: Libros y analgésicos
Capítulo 4: Fuera de los titulares
Capítulo 5: Sombras de Detroit
Capítulo 6: Leyes y desahucios
Capítulo 7: El contrato de la vida
Capítulo 8: Diferencia de tiempos
Capítulo 9: El peso de la veteranía
Capítulo 10: El primer colapso
Capítulo 11: Refugio en la montaña
Capítulo 12: Secretos bajo la piel
Capítulo 13: Hielo terapéutico
Capítulo 14: La oficina de los pecados
Capítulo 15: Zona de conflicto
Capítulo 16: La bendición de Don Mateo
Capítulo 17: Fricción prohibida
Capítulo 18: El miedo al cronómetro
Capítulo 19: Una oferta envenenada
Capítulo 20: El eco de una traición
Capítulo 21: Palabras no dichas
Capítulo 22: Justicia de papel y hielo
Capítulo 23: El puente de cristal
Capítulo 24: Calor en la tormenta

Capítulo 25: La última asistencia
Capítulo 26: El ojo del huracán
Capítulo 27: El precio de la imagen
Capítulo 28: El escudo del veterano
Capítulo 29: La encrucijada del honor
Capítulo 30: El vestuario vacío
Capítulo 31: Brasas de sabiduría
Capítulo 32: La soledad del capitán
Capítulo 33: Sangre azul y plata
Capítulo 34: El veredicto del corazón
Capítulo 35: Todos por uno
Capítulo 36: Nieve sobre las heridas
Capítulo 37: El último vals sobre el hielo
Capítulo 38: Colgar los patines
Capítulo 39: El banquete de los Blizzard
Capítulo 40: Nuevos cimientos
Capítulo 41: El legado de la C
Capítulo 42: La lealtad nunca se retira
El final de un invierno inolvidable

Capítulo 1: El crujido de la rodilla

El silencio en el vestuario de los Blizzard pesa de una forma distinta a las seis de la mañana. No es la calma tensa que precede a un partido ni el eco de las celebraciones tras una victoria. Es un vacío denso, impregnado de ese olor a linimento, cuero viejo y sudor seco que ha sido mi único hogar durante quince años.

Me desplomo en el banco de madera frente a mi taquilla, la que todavía conserva la placa desgastada con el número cuatro. Mis manos, toscas y curtidas por mil batallas, tiemblan apenas mientras deshago el vendaje de mi rodilla derecha.

Entonces ocurre.

Al estirar la pierna, un sonido seco —similar al de una rama de pino quebrándose bajo el peso de la nieve— resuena contra los azulejos. El dolor me golpea un latido después; es una punzada eléctrica que me corta la respiración de cuajo.

—Maldita sea —susurro.

Aprieto los dientes hasta que la mandíbula protesta. Me quedo inmóvil y espero a que la agonía se transforme en ese latido sordo con el que he aprendido a convivir. Alcanzo el bote de pastillas que escondo en el rincón más oscuro de mi taquilla y trago dos sin agua. El amargor me raspa la garganta. No es la primera vez que lo hago, pero soy consciente de que el alivio cada vez es más efímero. Si el cartílago ha dicho basta, estoy acabado. En este deporte, un defensa que no puede pivotar es solo un obstáculo para su propio portero.

Media hora más tarde, el frío del Ice Palace me recibe como un viejo enemigo. El hielo brilla bajo los focos, impoluto, a la espera de que las cuchillas lo destrocen. Me deslizo sobre la pista e intento ignorar la rigidez de mi articulación. Erick y Samuel ya están allí; se mueven con una agilidad que envidio en secreto.

El entrenador Miller me hace una señal para que me acerque a la valla. Su rostro, surcado por arrugas que parecen mapas de derrotas pasadas, no augura nada bueno.

—Caleb.

Deja escapar un suspiro que se convierte en vaho entre nosotros.

—¿Cómo va esa pierna?

—Lista para la batalla, Coach —miento.

Aprieto el stick con tanta fuerza que los nudillos se me vuelven blancos. Él me observa en silencio. No es una mirada de reproche, sino algo mucho peor: lástima. Me pone una mano en el hombro y me da una palmadita suave. Es el tipo de gesto que se reserva para los perros viejos antes de retirarlos de la caza.

—Hemos estado hablando con la directiva. El ritmo de los playoffs va a ser brutal este año. Estamos moviendo fichas para traer algo de sangre joven; chicos que aguanten la presión de los sesenta minutos sin romperse.

El frío del estadio se me cuela en los huesos, pero esta vez no es por el hielo.

—Solo quiero que empieces a pensar en el después, hijo. No quiero que salgas de aquí en una camilla.

Se aleja sin esperar respuesta. Me deja solo contra la valla. Observo a los novatos patinar al otro extremo; son rápidos y están hambrientos. Ignoran que el tiempo es el único rival al que nadie logra ganarle el puck.

Si el hockey se acaba, el muro que he construido durante décadas se vendrá abajo. Me aterra descubrir que, detrás del protector bucal y la armadura de fibra de carbono, no queda nada de Caleb Miller.

Capítulo 2: Polvo en las estanterías

El olor a papel viejo y vainilla suele ser mi refugio, pero hoy me sabe a derrota. Estoy sentada en el suelo de la trastienda de la librería, rodeada de torres de expedientes que amenazan con sepultarme. Don Mateo pasa a mi lado mientras tararea una melodía antigua y mueve el plumero con una parsimonia que me pone de los nervios.

—Sofía, hija, si sigues suspirando así, vas a apagar las luces —dice el abuelo de Valentina con una sonrisa llena de arrugas.

—Es que no es justo, don Mateo —respondo. Golpeo con el dedo el informe de los Miller. Es un apellido curioso, aunque no tengan nada que ver con el hockey—. Esta familia lleva viviendo en ese edificio treinta años. No pueden echarlos solo porque un inversor con traje caro quiera construir apartamentos de lujo con vistas a las pistas de esquí.

Me levanto y me sacudo el polvo de los vaqueros. Mi cabeza es un hervidero. Trabajar para la fundación Justicia de Papel es lo mejor que me ha pasado desde que terminé Derecho, pero a veces siento que intento vaciar el océano con una cuchara de postre. El sistema legal en Vail Creek es un gigante dormido que solo se mueve si alguien le clava un alfiler de oro.

Escucho el tintineo de la puerta principal. Valentina entra con su elegancia habitual, aunque ahora camina con ese balanceo tierno que le provoca su avanzado embarazo.

—¿Cómo va el caso de los Miller? —pregunta mientras deja el bolso sobre el mostrador.

—Estancado. El ayuntamiento no me coge las llamadas y el juez de guardia parece estar a sueldo del club de campo —suelto con amargura—. Necesito un contacto. Alguien que tenga el peso suficiente para que dejen de ignorarnos. Un nombre que los haga temblar o, al menos, que los obligue a sentarse a negociar.

Valentina se apoya en una de las estanterías de madera maciza y me observa con esa mirada analítica que la convirtió en la mejor abogada del estado.

—Vail Creek funciona con una moneda distinta al resto del mundo, Sofía —dice con suavidad—. Aquí no importa cuánto sepas de leyes, sino cuánto representes para la comunidad.

—¿Y qué sugieres? ¿Que contrate a un oso de las Rocosas para que ruja en el despacho del alcalde?

Valentina ríe y se acaricia la barriga.

—No. Sugiero que busques a alguien que sea una institución. Alguien que haya dado a este pueblo más de lo que el dinero puede comprar.

Miro los expedientes esparcidos. Justicia. Esa palabra suena tan bien en los libros de texto y tan difícil en la realidad. Necesito un milagro o, al menos, un aliado que no tema ensuciarse las manos conmigo. El problema es que, en este pueblo de postal, todos parecen estar demasiado cómodos como para agitar el avispero.

—Seguiré buscando —sentencio al recoger los papeles—. No voy a dejar que esa familia pase el invierno en la calle solo porque el progreso tiene prisa.

Don Mateo vuelve a pasar y me deja un caramelo de menta sobre la mesa.

—A veces, Sofía, lo que necesitas no es un abogado más rápido, sino un escudo más grande —dice sin mirarme, concentrado en su tarea.

Me quedo pensativa mientras el sol de la tarde entra por los ventanales e ilumina las motas de polvo que bailan en el aire. No sé quién será ese escudo, pero juro por mi título que voy a encontrarlo.

Capítulo 3: Libros y analgésicos

El vestuario es un campo de minas. Noto las miradas de Erick y Samuel sobre mi espalda mientras me visto en silencio. Son mis hermanos, moriría por ellos en el hielo, pero hoy su lástima me quema más que el ácido láctico en los músculos. Lo saben. Lo huelen. El instinto de un depredador no falla cuando reconoce que uno de los suyos está herido.

—Caleb, nos vemos en casa de Marina luego, ¿no? —pregunta Erick mientras se ajusta el reloj.

—Tengo cosas que hacer, Capi. Otro día.

Salgo de allí antes de que puedan insistir. Necesito silencio, pero no el de mi cabaña, que a veces grita demasiado fuerte. Conduzco hasta el centro de Vail Creek y mis pies, por puro instinto, me llevan a la librería de don Mateo. Es el único lugar donde el aire no huele a hockey.

El tintineo de la campana me recibe con un aroma a papel antiguo y cera. Camino por los pasillos estrechos buscando la sección de carpintería. Trabajar la madera es lo único que me permite controlar algo con mis manos sin que un disco de caucho a cien kilómetros por hora intente destrozarme los dedos.

Voy absorto, calculando cuántos miligramos de ibuprofeno necesito para llegar a la noche, cuando el mundo decide recordarme que mis reflejos ya no son los de antes. Doblo la esquina en la estantería de Historia y, de golpe, choco contra un muro que resulta ser de carne y hueso.

Escucho un jadeo ahogado y el golpe seco de varios libros contra el suelo. El instinto de defensa me hace tensar los hombros y ocupar cada centímetro del pasillo.

—¡Eh! —Una voz femenina, afilada e indignada, me golpea antes de que pueda reaccionar—. ¿Es que no tiene ojos o se cree un tanque con derecho de paso permanente?

Bajo la mirada. Mucho. Frente a mí, una mujer menuda con el pelo revuelto y los ojos echando chispas me observa como si fuera un criminal.

—Lo siento —digo con mi voz más ronca, extendiendo una mano.

Ella ignora mi ayuda y se arrodilla para recoger carpetas con movimientos nerviosos.

—El «lo siento» no arregla el caos de mis expedientes —replica fulminándome con la mirada—. La gente como usted, tan... grande y despistada, debería llevar una campana al cuello. Es un desastre andante, de verdad.

Me quedo helado, pero no por el frío. Me mira con auténtico fastidio y no hay ni rastro de reconocimiento en sus pupilas. No hay respeto por mis quince temporadas, ni lástima por mi rodilla, ni veneración por el escudo que llevo tatuado en el alma. Para ella, solo soy un tipo torpe de un metro noventa que ha interrumpido su tarde.

Y, por alguna razón, me fascina.

—¿Desastre andante? —pregunto. Siento el amago de una sonrisa por primera vez en días.

—Exacto. Y ahora, si puede apartar sus... —recorre mi cuerpo con una mirada rápida y escéptica— ...proporciones titánicas de mi camino, tengo un mundo que salvar y muy poco tiempo.

Se pone de pie, me dedica un último gesto de desaprobación y se aleja hacia la trastienda con paso decidido. Me quedo solo, envuelto en su perfume cítrico y sintiéndome extrañamente ligero.

Caleb Miller, el veterano en decadencia, acaba de ser derrotado por una mujer que no le llega al pecho. Y ha sido la derrota más refrescante de mi vida.

Capítulo 4: Fuera de los titulares

No puedo quitármelo de la cabeza. El "Tanque" de la librería me ha dejado una sensación extraña, como si hubiera chocado contra un muro de piedra que, por un segundo, pareció de cristal. Sigo ordenando mis expedientes, pero mi mente vuelve a ese metro noventa de músculos tensos y mirada cansada. No era la mirada de un tipo arrogante, era... algo más profundo.

—¿Sigues peleándote con los folios o has visto un fantasma? —La voz de Valentina me devuelve a la realidad.

Entra en la oficina con esa elegancia natural que ni el embarazo logra ocultar. Se apoya en el marco de la puerta y me observa con una ceja arqueada.

—He tenido un encuentro cercano del tercer tipo —bufo, apartándome un mechón de pelo de la cara—. Un gigante con modales de neandertal casi me pasa por encima en la sección de Historia. Iba buscando libros de carpintería y parecía que el mundo le pesaba una tonelada.

Valentina frunce el ceño, interesada.

—¿Carpintería? ¿Un hombre enorme, de hombros anchos y ojos que parecen haberlo visto todo?

—Ese mismo. Un desastre andante con una chaqueta de cuero desgastada.

Mi amiga rompe a reír. Es una risa clara, llena de conocimiento que yo claramente no poseo.

—Sofía, por favor. Ese "desastre" es Caleb Miller.

—¿Caleb qué?

—Miller. El defensa veterano de los Blizzard. El "Roble". Es prácticamente una institución en Colorado. Ha jugado más partidos con esa camiseta que nadie en la historia del equipo.

Me quedo helada con un bolígrafo a medio camino de la boca. ¿El gigante torpe es una estrella del hockey? Abro el portátil con una rapidez frenética. Mis dedos vuelan sobre el teclado: Caleb Miller Blizzard.

La pantalla se inunda de imágenes. Fotos de un Caleb más joven, levantando copas, con la mandíbula firme y una potencia física que asusta. En los vídeos de sus mejores jugadas, se mueve como un depredador, protegiendo su portería con una ferocidad implacable. Pero luego encuentro las noticias recientes: lesiones, rumores de retiro, fotos de él saliendo del estadio con una cojera que intenta ocultar.

Es él. El pilar de los Blizzard. Un hombre que, si chasquea los dedos, tiene a la prensa y a los políticos de Vail Creek comiendo de su mano.

—Es un famoso —digo con una mueca de asco, cerrando el portátil de golpe—. Detesto a los famosos. Creen que las reglas no van con ellos.

—Caleb no es así —interviene Valentina con tono serio—. Es leal hasta la médula. Don Mateo lo adora, y ya sabes que mi abuelo no regala su afecto a cualquiera.

Miro el expediente de la familia que van a desahuciar. El nombre de los inversores brilla con una arrogancia que me enferma. Necesito un contacto de alto nivel. Alguien que pueda presionar al ayuntamiento con solo aparecer en una foto.

Suspiro, sintiendo cómo mi orgullo libra una batalla perdida contra mi sentido del deber.

—Si es tan importante como dices... —murmuro más para mí que para ella—, quizás ese tanque sea exactamente el escudo que necesito para frenar este desahucio.

—¿Vas a pedirle un favor? —Valentina sonríe con picardía.

—Voy a hacerle una propuesta profesional —corrijo, aunque por dentro me muera de ganas de volver a ver si esos ojos siguen pareciendo tan humanos fuera de los titulares—. Si quiere ser un héroe del pueblo, va a tener que demostrarlo fuera del hielo.

Capítulo 5: Sombras de Detroit

El teléfono vibra sobre la mesa de madera con una insistencia que me revuelve el estómago. Son las diez de la noche. A esta hora, solo existen dos tipos de llamadas: urgencias médicas o problemas que el dinero no puede solucionar.

Veo el nombre en la pantalla: Benny. Mi agente.

—Es tarde para buenas noticias, Benny —digo al descolgar.

Me presiono la bolsa de hielo contra la rodilla derecha. El frío es lo único que mantiene mi cordura en su sitio.

—Caleb, amigo, las buenas noticias no tienen horario. —Su voz llega cargada de esa euforia de vendedor de coches que siempre me pone en guardia—. He hablado con algunos despachos. La renovación con los Blizzard está... gélida. El dueño se niega a soltar el presupuesto para un contrato de veterano.

Me quedo en silencio. Escucho el crujido del hielo en la bolsa. No es una sorpresa, pero oírlo en voz alta se siente como un slapshot directo al esternón.

—Pero —continúa Benny, bajando el tono como si las paredes de Vail Creek tuvieran oídos—, ha surgido una oferta. Una que no vas a creer. Tres años, sueldo de estrella de primera línea y un puesto como mentor técnico en cuanto decidas colgar los patines.

—¿De quién? —pregunto, aunque una parte de mí ya conoce la respuesta.

—Los Vipers. Detroit quiere que termines tu carrera con ellos, Caleb. Quieren tu experiencia para pulir a sus jóvenes defensas.

El aire en la cocina se congela de golpe. Detroit. El equipo que casi destruye a Samuel. Los rivales que han intentado hundirnos en cada temporada. Ir allí no sería solo cambiar de ciudad; sería escupir sobre cada gota de sudor que he dejado en el Ice Palace. Una traición que mis hermanos de armas nunca perdonarían.

—Es mucho dinero, Caleb —insiste ante mi silencio—. El suficiente para que te olvides de las facturas el resto de tu vida. Tus rodillas no aguantarán mucho más en Colorado. En Detroit podrías jugar menos minutos y cobrar el triple. Es tu retiro de oro.

—Es el equipo de los Vipers, Benny. Es como pedirle a un cura que se mude al infierno porque el aire acondicionado funciona mejor.

—No seas romántico. El hockey es un negocio. Los Blizzard ya buscan a tu sustituto. ¿A quién vas a serle fiel? ¿A un club que te enseña la puerta de salida o a tu propia cuenta bancaria?

Cuelgo sin darle una respuesta. Me quedo mirando las sombras que los pinos proyectan sobre el suelo de la cabaña. Pienso en Samuel, en cómo se le tensa la mandíbula cada vez que alguien menciona esa ciudad. Pienso en Erick, que confía en mí para guardar las espaldas del equipo.

Pero entonces, la rodilla vuelve a punzar. Me recuerda que soy un hombre de treinta y seis años con una fecha de caducidad tatuada en la frente. La seguridad financiera es una tentación que muerde con fuerza cuando el final del camino está a la vista.

Detroit es la salida fácil. El problema es que, si firmo ese contrato, la "Pura Lealtad" de la que tanto me enorgullezco no será más que una etiqueta vacía en una camiseta que ya no podré mirar sin sentir vergüenza.

Capítulo 6: Leyes y desahucios

El Ice Palace a las once de la mañana es un hervidero de actividad, pero yo solo tengo ojos para una figura. Localizo al "Tanque" —Caleb Miller, según mi investigación— cerca de la valla, hablando con un hombre que parece su entrenador. Se mueve con una rigidez que no aparecía en los vídeos de hace cinco años. Cada paso parece una negociación con su propio cuerpo.

Espero a que se quede solo. No he venido a pedir autógrafos ni a admirar su musculatura, por mucho que su camiseta de entrenamiento se ciña a sus hombros de una forma casi ofensiva para mi concentración. He venido por los Miller de la calle 4, y ellos no tienen tiempo para sutilezas.

—Señor Miller —lo llamo, acercándome a la zona de acceso.

Él se gira. Al reconocer que soy la "desastre andante" de la librería, sus facciones se endurecen aún más. Tiene los ojos inyectados en sangre, como si no hubiera dormido en una semana, y un sudor frío le recorre las sienes.

—¿Me está siguiendo, abogada? —Su voz suena como el hielo crujiendo bajo un patín—. Si busca la sección de carpintería, se ha equivocado de barrio.

—Busco su ayuda —respondo, ignorando su sarcasmo—. Trabajo para la fundación *Justicia de Papel*. Tenemos un caso de desahucio injusto que afecta a una familia que comparte su apellido. Necesito que preste su imagen para nuestra campaña de visibilidad. Una foto suya, una declaración de apoyo, y el ayuntamiento dejará de mirar hacia otro lado.

Caleb suelta una risa seca, carente de humor. Se apoya en la valla y nota, aunque intenta ocultarlo, un espasmo de dolor en su pierna derecha.

—¿Mi imagen? —Se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio personal con su olor a frío y esfuerzo—. Escuche con atención. Acabo de salir de un entrenamiento de tres horas, tengo la rodilla ardiendo y suficientes problemas propios como para cargar con los

de desconocidos. No soy un cartel publicitario, abogada. Búsquese a otro que tenga ganas de sonreír a la cámara.

—No le pido que sonría, le pido que sea útil —le replico, dando un paso adelante, sin dejarme intimidar por su tamaño—. Usted es una institución en este pueblo. Su nombre tiene peso. Con solo diez minutos de su tiempo podría salvar el hogar de cinco personas. ¿O es que su lealtad solo se limita a lo que ocurre dentro de este círculo de hielo?

Esa última frase parece darle donde más le duele. Sus pupilas se dilatan y la mandíbula se le tensa tanto que temo que se le rompa un diente. Hay una chispa eléctrica entre nosotros, una mezcla de irritación pura y una atracción que me niego a reconocer.

—Mi lealtad no está a la venta —sentencia él, con una frialdad que me hiela la sangre—. Y mi tiempo tampoco. Ahora, si me disculpa, tengo que ir a ponerme hielo en sitios donde no llega su jurisdicción.

Me da la espalda sin esperar réplica. Lo observo alejarse hacia el vestuario con ese andar pesado y orgulloso. Es un hombre que se está rompiendo por dentro y prefiere hundirse solo antes que dejar que alguien lo ayude.

—¡Es un egoísta, Miller! —le grito, aunque sé que me ha oído perfectamente.

Él no se gira, pero veo cómo se le tensan los hombros. Me quedo sola junto a la pista, con la rabia burbujeando en mi pecho y la extraña certeza de que, bajo ese muro de hielo y mal humor, hay algo que merece la pena rescatar. El problema es que no sé si tengo las herramientas legales para derribar a un gigante.

Capítulo 7: El contrato de la vida

La culpa es un veneno que se filtra por las grietas de mi orgullo. He pasado la tarde con la voz de esa abogada retumbando en mi cabeza: «¿O es que su lealtad solo se limita a lo que ocurre dentro de este círculo de hielo?». Me dolió porque tiene razón. He pasado quince años protegiendo una portería, pero olvidé cómo proteger a las personas que no llevan patines.

Vuelvo a la librería de Don Mateo cuando el sol ya se ha escondido tras los picos de las Rocosas. El viejo me observa desde detrás del mostrador mientras me limpio las botas en el felpudo. Sus ojos, sabios y cansados, me leen el pensamiento sin necesidad de que abra la boca.

—Has estado entrenando duro, Caleb —dice sin dejar de colocar ejemplares—. Pero pareces llevar más peso del que tus rodillas pueden soportar.

—He actuado como un crío con la chica que trabaja contigo, Mateo —confieso. Me apoyo en el mostrador y el pinchazo de la pierna me recuerda que no tengo tiempo para rodeos.

Don Mateo se quita las gafas de lectura y me clava una mirada larga.

—Sofía no es solo una empleada. Es el fuego que este pueblo necesita para no congelarse en su propia comodidad. Si la trataste como a un delantero de Detroit, has cometido un error de principiante. La fuerza no siempre se mide en impactos; a veces, la mayor valentía consiste en bajar la guardia.

Sus palabras terminan de hundirme. Suspiro y camino hacia el fondo de la tienda, donde una luz tenue se filtra por debajo de la puerta de madera.

Entro sin llamar. La disculpa se me queda trabada en la garganta al verla. Sofía está inclinada sobre un escritorio sepultado por papeles. Tiene el pelo recogido en un moño deshecho del que escapan varios mechones y las gafas le resbalan por el puente de la nariz. Se frota los ojos con un cansancio que me hace sentir como

un miserable. Parece tan pequeña entre tantas leyes y tantas injusticias que mi instinto de protección despierta de golpe.

—Abogada —murmuro.

Ella da un pequeño salto. Al verme, sus hombros se tensan, pero el agotamiento gana a la rabia.

—¿Viene a decirme otra vez que no es un cartel publicitario, Miller? —pregunta con la voz ronca—. Porque ahora mismo no tengo energía para otra pelea.

—Vengo a disculparme. Estaba... en un lugar oscuro.

Ella me observa en silencio. Evalúa mi sinceridad con esas pupilas que parecen linternas. Bajo su mirada, me siento más expuesto que ante diez cámaras de televisión.

—He pensado en lo que me pidió —continúo. Me acerco un paso, invadiendo su espacio hasta que el olor a cítricos y papel viejo me nubla el juicio—. Ayudaré a esa familia. Usaré mi nombre, mi cara o lo que necesite para presionar a ese inversor. Pero quiero algo a cambio.

Sofía arquea una ceja y recupera un poco de su chispa.

—¿Dinero? Porque la fundación no...

—No quiero dinero —la interrumpo—. Quiero que me ayude a desaparecer. El hockey se acaba para mí, Sofía. No sé cómo ser un tipo normal que pasea por Vail Creek sin que le pregunten por su rodilla. Enséñeme a vivir sin ser el centro de atención. Enséñeme a ser Caleb, no «El Roble».

Ella se queda inmóvil. El despacho es tan pequeño que puedo sentir el calor que emana de su piel.

—Un trato —dice al fin. Extiende su mano sobre el escritorio—. Yo salvo el hogar de esa gente y usted aprende que hay vida más allá de los sesenta minutos de juego.

Estrecho su mano. Es suave, pero su agarre tiene la firmeza del acero. En ese momento firmo el contrato más importante de mi vida; uno que no tiene cláusulas de rescisión y que, por primera vez, no tiene nada que ver con Detroit.

Capítulo 8: Diferencia de tiempos

Caminar por los senderos de Vail Creek con Caleb Miller es como pasear junto a una montaña que ha decidido ponerse en movimiento. El aire de la tarde nos golpea la cara con agujas de hielo, pero él avanza con una calma que me obliga a acelerar el paso. No lleva la equipación de los Blizzard; hoy solo es un hombre con una chaqueta de lana gruesa y unas botas que hunden la nieve virgen con una fuerza que me intimida.

—¿Seguro que no te has arrepentido del trato, abogada? —pregunta, y su aliento forma una pequeña nube de vaho entre nosotros.

—Un trato es un trato, Miller —respondo, ajustándome la bufanda —. Pero para enseñarte a ser un civil normal, primero tengo que sacarte de las zonas donde la gente te pide que les firmes los posavasos.

Llegamos a un claro donde el bosque se abre para revelar un pequeño lago natural. La superficie es un espejo de cristal oscuro, rodeado de pinos cargados de nieve blanca. Es un paisaje de postal, lejos de los focos y el ruido del Ice Palace.

—He traído unos patines antiguos de la librería —digo, mostrándole mi bolsa—. Don Mateo dice que el hielo natural es el único que te devuelve la verdad.

Caleb observa el lago con una melancolía que me encoge el corazón. Se sienta en un tronco caído y empieza a cambiarse el calzado con movimientos lentos, casi ceremoniales.

—Tengo treinta y seis años, Sofía —murmura de repente, sin mirarme—. Pero hay días, como hoy, en los que mi cuerpo jura que tengo ochenta. Cada cirugía, cada impacto en la valla... todo está ahí fuera, recordándome que mi tiempo se agota.

—Yo tengo veinticuatro —le digo, sentándome a su lado mientras me ato los cordones—. Y siento que la vida es una carrera que acabo de empezar. Me da miedo que el mundo sea demasiado pequeño para todo lo que quiero hacer.

Él levanta la cabeza y me mira. Por un segundo, la diferencia de edad desaparece y solo quedan dos personas asustadas por lo que vendrá después.

—A mí me da miedo que el mundo sea demasiado grande cuando ya no tenga un stick en la mano para defenderme —confiesa con una honestidad que me deja sin aire.

Se pone de pie y me ofrece la mano. Al entrar en el hielo, mis patines vacilan. No es lo mismo que la pista perfecta del estadio; aquí hay grietas, ramas atrapadas en el cristal y una superficie irregular. Pierdo el equilibrio y suelto un grito ahogado.

Antes de que mis rodillas toquen el frío, dos manos enormes y firmes se cierran alrededor de mi cintura.

Caleb me sujeta con una facilidad asombrosa. Me pega a su cuerpo para estabilizarme, y de repente, el frío de Colorado deja de existir. Puedo sentir el calor que emana de su pecho a través de las capas de ropa, el olor a pino y a ese algo masculino y metálico que siempre lo acompaña. Sus manos son tan grandes que casi abarcan todo mi talle.

—Te tengo —dice en un susurro cerca de mi oreja.

Me quedo inmóvil, con las manos apoyadas en sus antebrazos, sintiendo cómo su corazón late con una fuerza que contradice su supuesto cansancio. La tensión sexual estalla entre nosotros, eléctrica y pesada, más peligrosa que cualquier grieta en el hielo. Sus ojos oscuros recorren mi rostro y se detienen un segundo de más en mis labios.

—No me dejes caer, Miller —logro decir, con la voz apenas audible.

—Nunca lo haría, Sofía. Mi lealtad es un defecto de fábrica, ¿recuerdas?

Nos quedamos así, en mitad de un lago helado, mientras el tiempo parece detenerse. Él es el veterano que cree que ya lo ha visto todo, y yo soy la abogada que cree que puede con todo. Ninguno de los dos sabía que lo que realmente necesitábamos era alguien que nos sujetara cuando el suelo dejara de ser firme.

Capítulo 9: El peso de la veteranía

El frío de la mañana en el Ice Palace no ayuda a mis articulaciones. Siento la rodilla rígida, como si alguien hubiera vertido cemento en la cápsula sinovial mientras dormía. Pero no puedo quejarme. Un defensa no se queja; un defensa aguanta el chaparrón y devuelve el golpe.

Estamos en mitad de un ejercicio de posesión cuando el entrenador hace sonar el silbato.

—¡Miller! —grita desde la banda—. Quédate en el centro. Chicos, vamos a practicar bloqueos. ¡Puck a la zona neutral!

Veo a los jóvenes alinearse. Son rápidos, tienen los ojos brillantes y una arrogancia que solo da la ignorancia de la vejez. Entre ellos destaca Thompson, un novato recién llegado de la liga universitaria con un contrato de siete cifras y ganas de mear el territorio. Me mira con una sonrisa de suficiencia, ajustándose los guantes.

Thompson recibe el pase y entra en mi zona con una velocidad endiablada. En lugar de buscar el pase, frena en seco y prepara un slapshot. Es un movimiento agresivo, innecesario para un entrenamiento. Quiere humillar al veterano. Quiere demostrar que "El Roble" es madera vieja lista para la chimenea.

El disco sale disparado a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. No tengo tiempo para mover el stick. Uso lo único que me queda: mi cuerpo.

Me interpongo en la trayectoria, cierro los ojos un milisegundo y recibo el impacto seco en la zona del muslo. El sonido del caucho contra el protector de fibra es como un disparo. Detengo el disco en seco. El puck cae muerto a mis pies.

—¿Es todo lo que tienes, chico? —le pregunto con la voz ronca, aunque el golpe me ha dejado sin aire.

Thompson me mira, incrédulo. El vestuario entero suelta un "¡Oh!" colectivo. He ganado. He demostrado quién manda en esta pista. Pero el precio llega un segundo después.

Al intentar pivotar para devolver el disco a la valla, mi rodilla derecha hace un extraño. Siento un tirón violento, seguido de una

explosión de calor blanco que me nubla la vista. El cartílago se ha desplazado. El dolor es tan cegador que el mundo entero desaparece; ya no hay estadio, ni compañeros, ni carrera. Solo hay un agujero negro donde antes estaba mi pierna.

Clavo el stick en el hielo para no caer. La humillación de desplomarme frente a Thompson sería peor que la propia lesión.

—Miller, buena parada. ¡Siguiente grupo! —grita el Coach.

Aprovecho el caos del cambio de turno para deslizarme hacia la puerta de salida. Cada centímetro es un suplicio. Mi cuerpo me grita que pare, que pida ayuda, que llame a los médicos. Pero mi orgullo me obliga a mantener la espalda recta y el rostro impasible.

Llego al túnel de vestuarios y me refugio en la oscuridad. En cuanto me aseguro de que nadie me ve, me apoyo contra la pared de hormigón y me dejo resbalar hasta el suelo. Mi respiración es errática, superficial. Me quito el guante y me toco la pierna con manos temblorosas. Está ardiendo.

Se acabó. El pensamiento es un martillazo en el pecho.

Salgo del estadio cojeando, arrastrando mi bolsa de deporte como si fuera un cadáver. El cielo de Vail Creek está gris, amenazando con una tormenta que se siente demasiado parecida a la que llevo dentro. Solo pienso en una persona. No quiero ver a un médico, no quiero ver a Erick.

Necesito a la única persona que me miró y no vio a una estrella, sino a un hombre. Necesito a Sofía.

Capítulo 10: El primer colapso

El frío de la tarde en el aparcamiento del Ice Palace muerde, pero no me importa. Estoy apoyada en mi coche, jugueteando con las llaves y con una sonrisa que no puedo borrar. Hemos conseguido una prórroga de diez días para el desahucio de los Miller. Es una victoria pequeña, una grieta en el muro del inversor, y me muero por contárselo a Caleb. No sé en qué momento el "Tanque" pasó de ser mi objetivo profesional a ser la primera persona en la que pienso cuando tengo una buena noticia.

La puerta de atrás del estadio, la que usan los jugadores para evitar a la prensa, se abre con un chirrido metálico.

—Ahí estás, Miller —susurro para mis adentros.

Pero mi sonrisa se desvanece en cuanto lo veo. Caleb no camina; se arrastra. Lleva la bolsa de deporte colgada de un hombro como si pesara una tonelada y su mano libre busca desesperadamente el apoyo de la pared de hormigón. Está pálido, con un matiz grisáceo que me hiela la sangre, y el sudor le empapa el pelo a pesar de que estamos a varios grados bajo cero.

—¡Caleb! —grito, corriendo hacia él.

Él levanta la cabeza. Sus ojos, antes firmes como el roble, están nublados por el dolor y el agotamiento. Intenta dar un paso más, pero su rodilla derecha cede por completo. El sonido de su cuerpo impactando contra el lateral de mi coche es seco, violento.

—Eh, eh... mírame. —Llego a su lado y le sujeto la cara con las manos. Su piel está gélida y pegajosa—. Dios mío, Caleb, estás ardiendo de dolor. No te muevas. Voy a llamar a una ambulancia ahora mismo.

Saco el móvil con dedos temblorosos, pero antes de que pueda marcar el número, una mano enorme y pesada se cierra alrededor de mi muñeca. Su agarre es desesperado, una mezcla de fuerza bruta y ruego silencioso.

—No... —Su voz es apenas un hilo ronco, rota por la agonía—. Sofía, no.

—Necesitas un médico, Caleb. No puedes ni mantenerte en pie.

—Si los médicos del equipo me ven así... se acabó —dice, apretando los dientes mientras una punzada de dolor le recorre el cuerpo—. Si se entera la directiva, ejecutarán la cláusula. Me enviarán a casa. Estoy fuera, Sofía. Fuera para siempre.

—¡Me importa un bledo tu carrera ahora mismo! Estás sufriendo un colapso.

—Por favor... —Sus ojos encuentran los míos y veo una vulnerabilidad tan cruda que me obliga a guardar el teléfono—. Eres la única persona en la que confío. No me dejes en manos de ellos. Llévame a tu casa. Solo... sácame de aquí antes de que alguien me vea caer.

Su peso recae sobre mí mientras intento ayudarlo a incorporarse. Es como intentar sostener una montaña que se desmorona, pero el miedo que desprende es lo que más me duele. El gran pilar de los Blizzard, el hombre que protege a todo el mundo, me está pidiendo que sea yo quien lo esconda del mundo.

Lo ayudo a entrar en el asiento del copiloto entre quejidos ahogados que intenta reprimir. Al cerrar la puerta, me quedo un segundo fuera, respirando el aire gélido de Vail Creek. Sé que al arrancar este coche estoy cruzando una línea de la que no hay retorno. Ya no soy solo su abogada, y él ya no es solo mi "proyecto" de civil.

Ahora somos dos náufragos compartiendo un secreto que podría destruir la única vida que él conoce.

—Aguanta, Caleb —susurro mientras pongo el motor en marcha—. Solo un poco más.

Capítulo 11: Refugio en la montaña

El despertar es lento, como si emergiera de un bloque de hielo que empieza a resquebrajarse. Lo primero que registro no es el dolor, sino el olor: café recién hecho, vainilla y ese rastro cítrico que ahora sé que pertenece a Sofía.

Abro los ojos y me encuentro con un techo de vigas de madera clara. No estoy en mi cabaña solitaria. Estoy en su sofá, cubierto por una manta de lana que huele a suavizante y a hogar. Intento incorporarme, pero un gemido se me escapa antes de que pueda frenarlo. La rodilla ya no arde con la intensidad de ayer, pero se siente como un peso muerto unido a mi cadera.

—Ni se te ocurra moverte, Miller.

Sofía aparece por el pasillo. Lleva una camiseta de algodón demasiado grande y el pelo recogido en una trenza desecha. Se ve pequeña, pero la determinación en su mirada la hace parecer un gigante. Se acerca y deja una taza de café humeante en la mesa baja.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Como si un camión me hubiera pasado por encima y luego hubiera dado marcha atrás para rematarme —admito con la voz pastosa.

Me odio en este momento. Odio la debilidad, la vulnerabilidad de estar tirado en su salón mientras ella me observa. Toda mi vida se ha basado en ser el que aguanta los golpes, no el que necesita una manta y un café para sobrevivir a la mañana.

—Ayer te derrumbaste, Caleb —dice ella, sentándose en el sillón frente a mí. Su tono no es suave, es directo, profesional—. Y no fue solo el cansancio. Fue esa pierna.

—Es solo un golpe. Gajes del oficio.

—No me mientas. —Sus ojos se clavan en los míos, impidiéndome mirar hacia otro lado—. Si vamos a trabajar juntos, si realmente vas a confiar en mí para que te ayude a "desaparecer", necesito honestidad. La verdad, Miller. Sin filtros de prensa ni heroísmos de vestuario. ¿Qué le pasa a esa rodilla?

El silencio se estira entre nosotros. Podría darle la versión oficial, la que le doy al Coach o a Benny. Pero hay algo en la forma en que me mira —sin esa lástima pegajosa que tanto detesto en mis compañeros— que me hace bajar la guardia. Ella no me ve como un juguete roto, sino como un caso que necesita una estrategia.

—No queda cartílago, Sofía —confieso al fin, y las palabras se sienten como piedras saliendo de mi boca—. He pasado por cuatro cirugías. La última fue hace dos años y me dijeron que sería un milagro si terminaba el contrato actual. Cada vez que patino, el hueso roza contra el hueso. Es un desastre de metal, cicatrices y dolor que intento anestesiar con pastillas que ya no funcionan.

Es la primera vez que lo digo en voz alta. Ni siquiera Erick conoce el alcance real del daño. Al terminar, espero ver la mueca de compasión, el "oh, pobre de ti".

Pero Sofía solo asiente, procesando la información como si estuviera analizando una cláusula de un contrato difícil.

—Bien —dice ella, y se inclina hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas—. Ahora que sabemos a qué nos enfrentamos, podemos trazar un plan. No vamos a dejar que te rompas del todo antes de que decidas qué quieres hacer con tu vida.

Su determinación actúa como un bálsamo. No me mira con pena; me mira con respeto, reconociendo al guerrero herido pero negándose a darlo por muerto. En este refugio en la montaña, rodeado de sus libros y su café, la primera barrera de mi armadura acaba de caer al suelo con un estruendo que solo yo puedo oír.

—Gracias, Sofía —murmuro, y por primera vez en años, no me importa que alguien me vea ser solo un hombre.

Capítulo 12: Secretos bajo la piel

El silencio en mi despacho es absoluto, solo roto por la respiración acompasada de Caleb que llega desde el salón. Se ha quedado dormido tras la confesión, agotado por el dolor y por el peso de sus propias palabras. Aprovecho para poner un poco de orden en el caos de expedientes y tazas de café vacías. No soy una persona entrometida, pero mi vida es un ejercicio constante de organizar el desastre ajeno.

Me agacho para recoger una carpeta que se ha deslizado cerca del sofá y mis dedos rozan un sobre de papel grueso, de un color crema elegante que desentona con la rudeza de la bolsa de deporte de Caleb. Debe de habérsele caído cuando lo ayudé a tumbarse.

No tiene remitente, solo su nombre escrito con una caligrafía mecánica, casi militar. Lo recojo con la intención de dejarlo sobre la mesa, pero el papel está entreabierto y un logotipo asoma por la esquina superior, congelándome la sangre en las venas.

Una serpiente enroscada. El emblema de los Detroit Vipers.

Abro el sobre, sintiendo un nudo en la garganta que no tiene nada que ver con el frío. Es una oferta de contrato. Las cifras son astronómicas, tantas que tengo que contar los ceros dos veces para creerlo. Incluye bonos por veteranía, un puesto en el equipo técnico y una seguridad financiera que cualquier jugador en el ocaso de su carrera mataría por tener.

Me quedo helada, con el papel temblando entre mis manos.

En Vail Creek, Detroit es una palabra prohibida. Es el equipo que casi termina con la carrera de Samuel, el origen de la "Pura Traición" que sacudió los cimientos de este club hace poco. Todo el mundo habla de la lealtad inquebrantable de Caleb Miller, de cómo él es el alma de los Blizzard. Pero aquí, en mi mano, tengo la prueba de que el "Roble" está considerando vender su alma al enemigo.

¿Es todo una fachada? ¿Su deseo de "pasar desapercibido" es solo una forma de preparar su huida sin hacer ruido?

Miro hacia el salón. Desde aquí puedo ver su perfil bajo la manta: la mandíbula firme incluso en sueños, las manos que me sujetaron

con tanta delicadeza en el lago. Se ve tan noble, tan... real. Pero los abogados aprendemos pronto que la realidad suele tener cláusulas de letra pequeña.

Me debato entre despertarlo y exigirle una explicación o guardar el sobre y esperar a que sea él quien confiese. Si lo enfrento ahora, romperé la frágil burbuja de confianza que acabamos de construir. Si no lo hago, estaré permitiendo que una mentira se siente a nuestra mesa.

Vuelvo a meter el papel en el sobre y lo dejo sobre la mesa baja, exactamente donde estaba. Pero ya nada es igual. El calor de la cabaña parece haberse evaporado. Entiendo que la lealtad no es algo que se jura una vez y se mantiene para siempre; es algo que se pone a prueba cada vez que alguien te ofrece el mundo a cambio de tu espalda.

Y Caleb Miller está a un paso de dar la vuelta.

Capítulo 13: Hielo terapéutico

El vestuario de los Blizzard parece una jaula de cristal a punto de estallar. Me muevo con cuidado, midiendo cada gesto para que ni Erick ni el Coach noten que mi rodilla es un amasijo de inflamación contenido por vendas de compresión. He logrado justificar mi ausencia en los entrenamientos grupales alegando un "régimen de mantenimiento para veteranos", una mentira piadosa que Marcus Thorne ha ayudado a vender a la directiva.

Pero la realidad me espera en un pequeño centro de rehabilitación a las afueras, un lugar discreto que Sofía ha localizado a través de sus contactos en la fundación.

Cuando llego, ella ya está allí. No lleva sus trajes de abogada; viste unos leggings oscuros y una sudadera gris que la hace parecer aún más joven, pero su mirada sigue siendo la de alguien que tiene un plan de ataque.

—Llegas tarde, Miller —dice, señalando la camilla con un gesto de cabeza.

—El tráfico en Vail Creek no perdona a los veteranos —respondo, intentando sonar ligero mientras me quito la chaqueta.

Me tumbo en la camilla y el frío del cuero contra mi espalda me obliga a soltar un suspiro. Sofía se acerca con un bote de gel conductor y una compresa de hielo terapéutico. El fisioterapeuta que ella contrató nos ha dado las pautas, pero hoy es ella quien supervisa el proceso mientras él atiende una llamada en la oficina contigua.

—Tengo que aplicar presión para reducir el edema —murmura ella, sentándose en el taburete junto a mi pierna—. Si duele, dímelo.

—He recibido golpes de discos a ciento sesenta kilómetros por hora, Sofía. Puedo con un poco de presión.

Ella no responde. Extiende el gel sobre mi piel y el contacto inicial me hace tensar los hombros. Sus manos son pequeñas, pero tienen una firmeza que me descoloca. Empieza a masajear la zona peripatelar con movimientos circulares, lentos y precisos.

El silencio en la sala se vuelve denso, cargado de un magnetismo que no tiene nada que ver con las máquinas de ultrasonido. Observo cómo se concentra, con el ceño ligeramente fruncido y el labio inferior atrapado entre sus dientes. Está tan cerca que puedo oler el aroma a cítricos de su champú y sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Estás muy tenso —dice ella, levantando la vista. Sus ojos están a escasos centímetros de los míos—. Tienes que soltar el músculo, Caleb. Si te resistes, el tratamiento no sirve de nada.

—Es difícil soltar cuando toda mi carrera se ha basado en mantenerme firme —confieso, y mi voz suena más grave de lo habitual.

Ella desliza su mano hacia arriba, hacia la base del cuádriceps, para estirar el tendón. El roce de su palma contra mi piel dispara una descarga eléctrica que no tiene nada de terapéutica. Mi respiración se vuelve errática. Ella también parece notarlo; sus movimientos se vuelven más lentos, casi vacilantes. Su pulso, visible en la base de su cuello, se acelera.

La química entre nosotros es un incendio forestal en mitad de una tormenta de nieve. Sé que debería apartarme, que esto complica el trato, que ella es la abogada que odia a los famosos y yo soy el jugador que oculta un contrato de Detroit en su mesa. Pero cuando sus dedos rozan la cicatriz de mi rodilla con una ternura que nadie me ha mostrado nunca, lo único que quiero es que no se detenga.

—Te tengo —susurra ella, repitiendo mis palabras del lago, pero esta vez el significado es distinto.

Ya no es solo soporte físico; es una promesa de refugio. Y por primera vez en mi vida, el hielo no me quema.

Capítulo 14: La oficina de los pecados

Hay momentos en los que la verdad no te hace libre, sino que te encadena. Estoy en mi despacho, con la luz del flexo grabada en mis retinas mientras repaso por décima vez el entramado de empresas pantalla de Alpine Developments. Mis dedos, manchados de tinta y frustración, se detienen en un nombre que aparece en el acta notarial de la sociedad minoritaria: Harrison Vance.

No es solo un apellido común en Vail Creek. Es el socio capitalista que sostiene la infraestructura del Ice Palace. Es, en esencia, uno de los hombres que firma los cheques de Caleb Miller.

Me reclino en la silla y dejo que el silencio de la librería me envuelva, aunque por dentro todo grita. Estoy luchando contra el mismo sistema que alimenta al hombre del que me estoy enamorando. Si sigo adelante y consigo que el juez paralice el desahucio, estaré atacando el patrimonio de los dueños de los Blizzard. Estaré mordiendo la mano que le da a Caleb su última oportunidad de retiro.

Necesito aire. O mejor dicho, necesito a alguien que haya sobrevivido a estas aguas antes que yo.

Subo a la planta superior, donde Valentina está terminando de archivar unos documentos. Se ve cansada, pero su mirada sigue teniendo esa chispa de acero que la convirtió en la leyenda de "Justicia de Papel".

—Has descubierto quién es el inversor, ¿verdad? —pregunta sin levantar la vista. Me conoce demasiado bien.

—Harrison Vance —suelto, dejando el informe sobre su mesa—. Es socio del dueño del equipo. Valentina, si hundo este proyecto, estaré creando un conflicto de intereses que podría salpicar a Caleb. La directiva ya lo tiene en el punto de mira por sus lesiones. No necesita que su "amiga abogada" le declare la guerra a sus jefes.

Valentina suspira y se acaricia la barriga, donde el pequeño "Rayo" ya empieza a hacerse notar. Me hace un gesto para que me siente frente a ella.

—Sofía, escucha bien. En Vail Creek, el hockey no es solo un deporte. Es el motor, la política y la religión. Todo está conectado por hilos invisibles que van desde el vestuario hasta el ayuntamiento. Aquí no hay "oficinas limpias"; todas son oficinas de pecados donde se intercambian favores por goles.

—No quiero perjudicar a Caleb —murmuro, sintiendo un peso en el pecho que no tiene nada que ver con el trabajo.

—Entonces tienes que decidir qué tipo de abogada eres —dice ella, con una seriedad que me hiela la sangre—. ¿Eres la que protege a una familia que va a quedarse en la calle o la que protege el contrato de un jugador veterano? Caleb es un hombre de honor, Sofía. Él sabe lo que es la lealtad. Pero no esperes que el sistema sea tan noble como él. Si decides pelear, hazlo sabiendo que el hielo se va a resquebrajar bajo tus pies.

Salgo de su despacho con la advertencia de Valentina vibrando en mis oídos. Miro hacia el salón de abajo, donde Caleb estuvo descansando hace solo unos días. La lealtad es un concepto hermoso en los libros, pero en la vida real, suele ser el precio que pagas por dormir con la conciencia tranquila.

El problema es que ahora no solo me preocupa mi conciencia. Me preocupa que, al intentar salvar el mundo, termine destruyendo el único refugio que Caleb tiene.

Capítulo 15: Zona de conflicto

Vail Creek tiene una cara que no sale en los folletos turísticos ni en las retransmisiones de la cadena deportiva. A medida que sigo el coche de Sofía hacia las afueras, el asfalto perfecto y las luces de neón del centro dan paso a calles agrietadas y edificios que parecen sostenerse por pura inercia. Es aquí donde viven los Miller, la familia por la que ella está dispuesta a quemar el mundo.

Aparco mi camioneta detrás de su utilitario. Sofía baja con una pila de documentos bajo el brazo, pero su rostro se ilumina al verme. Ya no me mira con la sospecha del primer día; ahora hay una complicidad que me hace sentir más fuerte que cualquier suplemento de gimnasio.

—Bienvenido a la realidad, Miller —dice, señalando el bloque de apartamentos—. No hay alfombras rojas aquí. Solo gente que intenta llegar a fin de mes.

—Yo también vengo de un lugar así, Sofía —murmuro, viendo a un grupo de chavales que juegan en un callejón cercano.

Caminamos hacia la entrada cuando uno de los niños, que lleva una camiseta de los Blizzard tres tallas más grande y rota por el hombro, se detiene en seco. Se frota los ojos y tira del brazo de su amigo.

—¡Es Miller! —grita el crío con una voz que rompe el silencio del barrio—. ¡Es "El Roble"!

En segundos, estoy rodeado por seis o siete niños. Tienen las caras sucias y los ojos cargados de una esperanza que me golpea directo en el pecho. Sofía se hace a un lado, observándome con una sonrisa curiosa.

—¿Dónde tienes el stick, Miller? —pregunta el más pequeño—. ¿Vas a ganarle a Detroit este año?

—Hoy me he dejado el equipo en el estadio —respondo, agachándome para quedar a su altura—. Pero eso no significa que no podamos jugar.

Veo una escoba vieja apoyada junto a un contenedor y una lata de refresco abollada en el suelo. La recojo. El metal chirría contra el

cemento.

—Escuchad bien —digo, y de repente el dolor de mi rodilla desaparece, sepultado por algo mucho más importante—. El hockey no se trata del hielo perfecto ni de los patines caros. Se trata de proteger tu zona. Se trata de no dejar que nada atraviese tu defensa.

Improviso una portería con dos cajas de cartón y empiezo a enseñarles cómo posicionar los pies. Uso el palo de escoba como si fuera la extensión de mi propio brazo. Los niños ríen, corren y se empujan, olvidando por un momento el aviso de desahucio que cuelga de sus puertas.

Miro a Sofía por encima del hombro. Está apoyada en la pared del edificio, con los brazos cruzados y los expedientes olvidados en sus manos. Me observa con una intensidad nueva, una mezcla de ternura y asombro que me hace arder la piel. No me está mirando como a la leyenda que se retira; me está mirando como al hombre que se ensucia las manos para hacer reír a un niño.

—Lo haces muy bien, Miller —dice ella cuando los niños se alejan por fin tras un "entrenamiento" de veinte minutos—. Tienes un don para esto.

—Solo les estoy enseñando a resistir —respondo, dejando la escoba en su sitio—. A veces es lo único que nos queda.

Ella se acerca y me pone una mano en el antebrazo. El contacto es breve, pero el peso de su mirada me dice que hoy he ganado un partido mucho más importante que cualquier final de conferencia. He dejado de ser el "Tanque" para ser alguien real. El problema es que, cuanto más me mira así, más me duele saber que tengo un sobre de Detroit esperándome en casa.

Capítulo 16: La bendición de Don Mateo

La trastienda de la librería huele a estofado de ternera y a papel antiguo, una combinación que, extrañamente, se ha convertido en mi aroma favorito. Don Mateo se mueve por la pequeña cocina con una agilidad que desafía sus ochenta años, mientras Caleb y yo ponemos la mesa en un silencio cómodo, solo roto por el crujido de la madera en la estufa.

Caleb parece más relajado aquí. Ha dejado la armadura de "El Roble" en la puerta y ahora solo es un hombre ayudando a poner servilletas de tela. Pero yo no puedo dejar de pensar en el sobre de Detroit que vi en su despacho. Cada vez que me sonríe, siento una punzada de culpabilidad por saber algo que él no me ha contado.

—Sofía, deja de torturar ese tenedor y siéntate —dice don Mateo, sirviendo los platos—. El hambre es mala consejera, pero la rumiación es peor.

Nos sentamos los tres bajo la luz cálida de la lámpara de cristal. El anciano observa a Caleb con un cariño que me desarma.

—¿Sabes, Sofía? —empieza don Mateo, tras el primer bocado—. La primera vez que este gigante entró en mi tienda, apenas le llegaba a la cintura a Erick Vane. Tenía los patines atados con cordeles y una determinación que daba miedo.

Caleb baja la mirada, ligeramente avergonzado.

—Era un crío que no sabía dónde se metía, Mateo.

—Sabías perfectamente dónde te metías —lo corrige el viejo con voz firme—. Recuerdo cuando Detroit intentó reclutarte para su programa de promesas hace quince años. Te ofrecieron una beca completa y equipo nuevo. Y tú, con tus patines rotos, les dijiste que no podías marcharte porque habías dado tu palabra a los Blizzard de que defenderías su portería.

Siento un vuelco en el corazón. Miro a Caleb de reojo. ¿Lealtad inquebrantable desde niño? Eso no encaja con el hombre que oculta una oferta millonaria del enemigo en su chaqueta.

—La lealtad es un músculo, Sofía —continúa don Mateo, clavando sus ojos sabios en los míos—. Caleb lo ha entrenado más que su

propio tiro a puerta. Ha rechazado fortunas por quedarse aquí, por ser el escudo de este pueblo. En este mundo de contratos de usar y tirar, él es de los que se quedan hasta que se apagan las luces.

El nudo en mi garganta se aprieta. Si Caleb es ese hombre, ¿por qué tiene ese sobre ahora? ¿Es que el dolor de la rodilla ha sido más fuerte que su honor? ¿O es que el equipo realmente le está dando la espalda?

Al terminar la cena, don Mateo se levanta y va hacia una de las estanterías más altas. Saca un ejemplar pequeño, encuadernado en cuero desgastado, y se lo entrega a Caleb.

—Es una edición antigua de tratados de estrategia —explica el anciano—. Hay un capítulo sobre el arte de saber cuándo retirarse de la batalla. No para rendirse, sino para salvar al hombre que hay debajo de la armadura. Léelo, Caleb. A veces, la mayor lealtad es la que uno se debe a sí mismo.

Caleb toma el libro con manos temblorosas. El peso del regalo parece hundir sus hombros.

—Gracias, Mateo.

Salimos de la librería hacia el aire gélido de la noche. Caleb camina a mi lado, pensativo, apretando el libro contra su pecho. Yo guardo silencio, debatiéndome entre la imagen del héroe leal que me ha pintado don Mateo y la sombra de la traición que brilla en mi mente. La bendición del viejo me ha dado esperanza, pero también ha hecho que el miedo a perder a Caleb sea mucho más real.

Capítulo 17: Fricción prohibida

El Ice Palace a medianoche es un animal diferente. Sin los gritos de la grada ni el estruendo de los altavoces, el estadio respira con un siseo gélido y constante. Solo unas pocas luces de emergencia bañan la pista con un resplandor azulado, convirtiendo el hielo en un espejo de cristal líquido que parece no tener fin.

Sofía camina a mi lado, sus pasos resonando en el túnel de hormigón. Noto su nerviosismo en la forma en que se ajusta los guantes de lana, pero también veo esa chispa de curiosidad que siempre la empuja hacia adelante.

—Es... imponente —susurra, y su voz rebota en las vigas del techo como un secreto compartido.

—Es el único lugar donde el mundo tiene sentido para mí —respondo, ayudándola a cruzar la valla.

Nos deslizamos hacia el centro de la pista. El silencio es tan denso que puedo oír el roce de mis cuchillas cortando la superficie con una precisión quirúrgica. Sofía vacila, sus patines de la librería chirriando sobre el hielo perfecto. Me coloco detrás de ella, permitiendo que la oscuridad nos envuelva.

—Dijiste que querías entender qué significa ser un defensa —le digo, acercándome lo suficiente como para que mi aliento agite los mechones sueltos de su nuca—. No se trata de golpear. Se trata de ser el ancla.

Le pido que abra las piernas para ganar estabilidad y coloco mis manos sobre las suyas, guiando su posición. La diferencia de tamaño es ridícula, pero la sincronía es perfecta. La rodeo con mis brazos para enseñarle cómo pivotar, cómo usar el peso del cuerpo para cerrar el paso al enemigo.

La proximidad se vuelve insoportable en cuestión de segundos. El olor a frío y a cera de la pista se mezcla con el aroma a cítricos y vida que desprende su piel. Siento su espalda contra mi pecho, su respiración agitada rompiendo el ritmo de la mía. Mis manos, que deberían estar corrigiendo su postura, se demoran más de lo necesario en su cintura.

—Caleb... —murmura ella, y mi nombre en sus labios suena como una rendición.

La obligo a girarse con suavidad. En la penumbra, sus ojos brillan con una intensidad que me detiene el corazón. No hay leyes, no hay contratos de Detroit, no hay rodillas destrozadas. Solo estamos nosotros dos, atrapados en una zona neutral donde el tiempo no existe.

Me inclino, buscando su boca con una desesperación que no sabía que albergaba. Cuando nuestros labios se encuentran, el hielo bajo mis pies parece evaporarse. El beso tiene un sabor agridulce: sabe a semanas de deseo contenido, a la rabia de la injusticia que ella combate y a la despedida que yo temo que está por llegar.

Ella se aferra a mis antebrazos, tirando de mí como si yo fuera su único agarre en un mundo que gira demasiado rápido. Es un beso hambriento, prohibido, un choque de dos mundos que nunca debieron tocarse pero que ahora no pueden separarse. La fricción de nuestros cuerpos genera un calor que desafía los diez grados bajo cero del pabellón.

Me separo apenas unos milímetros, apoyando mi frente contra la suya. Sus labios están rojos, hinchados, y su mirada está nublada por la misma tormenta que me sacude a mí.

—Esto complica el trato, abogada —susurro, con la voz rota.

—Al diablo con el trato, Miller —responde ella, volviendo a buscar mi boca.

En la oscuridad del Ice Palace, entiendo que he pasado toda mi vida defendiendo una portería para evitar que anotaran, pero que por este beso, estoy dispuesto a dejar que me destruyan la defensa por completo.

Capítulo 18: El miedo al cronómetro

El sabor de sus labios aún quema en los míos, pero el frío del Ice Palace reclama su territorio con una rapidez cruel. Me separo de Caleb, sintiendo cómo el eco de nuestro beso se pierde en la inmensidad de las gradas vacías. Él me observa con una mezcla de adoración y pánico, como si acabara de anotar el gol de su vida en la portería equivocada.

—Caleb —murmuro, recuperando el aliento—. Antes de que esto... antes de que sigamos adelante, necesito saber la verdad.

Él se tensa al instante. Sus manos, que hace un segundo me sostenían con una ternura infinita, se cierran en puños a sus costados. La armadura de "El Roble" vuelve a levantarse, placa a placa, justo delante de mis ojos.

—¿Qué verdad, Sofía?

—Vi el sobre en tu despacho. La oferta de los Vipers. —Las palabras salen de mi boca como cuchillas sobre el hielo—. Dime que no estás pensando en irte a Detroit.

El silencio que sigue es más ensordecedor que el rugido de la afición. Caleb aparta la mirada, clavándola en una marca inexistente en la pista. Sus hombros se ensanchan, ocupando ese espacio defensivo que tanto intimida a sus rivales.

—Es un contrato de tres años, Sofía. Seguridad para cuando mi rodilla explote definitivamente. Los Blizzard no me ofrecen nada más que la puerta de salida.

—¡Es Detroit, Caleb! —le recrimino, dando un paso hacia él—. Es el equipo que intentó hundir a Samuel. Es la antítesis de todo lo que representas. No puedes hablarme de lealtad y luego planear abandonar a tu familia deportiva por un retiro de oro.

—No lo entenderías —suelta él con una frialdad que me corta la respiración—. Tú tienes veinticuatro años y toda una carrera por delante. Mi cronómetro está en la cuenta atrás. Cada vez que respiro, el tiempo se agota. No puedo permitirme el lujo de ser un romántico cuando mis facturas médicas y mi futuro dependen de una firma.

—Lo que no entiendo es la hipocresía —le espeto, sintiendo cómo la rabia reemplaza al deseo—. Estoy luchando contra inversores que son socios de tus jefes para salvar el hogar de gente humilde. Estoy arriesgando mi carrera en la fundación por un ideal. Y tú... tú estás dispuesto a venderte al mejor postor justo cuando más te necesita este equipo.

—Soy un profesional, Sofía. No un mártir.

Esa frase abre una grieta insalvable entre nosotros. Me alejo hacia la valla, sintiendo que el hielo bajo mis patines es ahora un abismo. Lo miro por encima del hombro, y ya no veo al hombre vulnerable que me enseñó a patinar en el lago; veo al veterano endurecido que prefiere la seguridad del dinero a la incertidumbre del honor.

—Si Detroit es tu respuesta, entonces yo no soy parte de tu equipo —sentencio, con la voz firme a pesar del nudo en mi garganta—. No puedo estar con alguien que huye cuando las cosas se ponen difíciles.

Salgo de la pista sin esperar respuesta. El sonido de mis pasos sobre el hormigón del túnel suena como una sentencia. He perdido el calor de su abrazo, pero he recuperado mi brújula moral. El problema es que, en la oscuridad de Vail Creek, esa brújula no me quita el frío.

Capítulo 19: Una oferta envenenada

Benny no ha venido a Vail Creek a disfrutar del paisaje. Está sentado frente a mí en un reservado oscuro de una cafetería a las afueras, con su traje italiano impecable y una carpeta que pesa más que todos mis remordimientos. El olor a café quemado se mezcla con el perfume caro de mi agente, creando una atmósfera asfixiante.

—Caleb, el tiempo de los sentimentalismos se ha acabado —dice, deslizando un bolígrafo de plata sobre la mesa—. Los Blizzard han filtrado el informe de ojeadores. Ya tienen a un chico de diecinueve años de la liga sueca en el radar para ocupar tu puesto en la pretemporada. Eres historia en este club, aunque todavía no te hayan colgado el cartel de "se vende".

Cierro los ojos un segundo. La noticia me golpea con la misma fuerza que un disco directo a las costillas. Sabía que llegaría, pero escucharlo de boca de Benny lo hace real.

—Solo necesito una semana más para decidir —murmuro, aunque mi voz suena hueca.

—No tienes una semana. Detroit quiere una respuesta antes del viernes. Si no firmas ahora, retirarán la oferta de mentoría y te quedarás con una mano delante y otra detrás, cojo y sin un centavo para pagar las facturas médicas que te esperan en un par de años.

Miro por la ventana. A lo lejos, el Ice Palace brilla bajo el sol de la tarde. Pienso en el entrenamiento de esta mañana. He visto a Erick hablando de la reforma de su casa con Marina; a Samuel bromeando con Clara sobre el color de los tatuajes que se va a borrar; a Julián acariciando la barriga de Valentina con una devoción que me dio envidia.

Ellos tienen un futuro. Tienen un hogar construido sobre cimientos sólidos. Yo solo tengo una rodilla que cruje cada vez que me levanto de la cama y un historial de golpes que nadie recordará cuando el nuevo chico sueco empiece a anotar goles.

—Es el contrato de tu vida, Caleb —insiste Benny, abriendo la carpeta—. Seguridad total. Tres años de sueldo de estrella. Solo

tienes que poner tu nombre aquí y olvidarte de la lealtad a un club que ya te ha olvidado a ti.

Sujeto el bolígrafo. El metal está frío, casi tanto como el hielo de la pista. Pienso en Sofía y en su mirada de decepción en el estadio. Ella cree que la lealtad es un concepto absoluto, una línea recta que no se tuerce. Pero ella no sabe lo que es sentir que el suelo desaparece bajo tus pies mientras el mundo entero sigue patinando.

Estoy a un milímetro de apoyar la punta del bolígrafo sobre el papel. Firmar significa traicionar a Samuel, significa vestir los colores del enemigo, significa romper el corazón de la única mujer que me ha visto sin la máscara.

Pero también significa no ser un juguete roto. Significa tener una vida después del hockey.

—Firma, Caleb —presiona Benny con voz suave—. Hazlo por ti. Nadie más lo va a hacer.

Mi mano tiembla apenas. La sombra de Detroit se alarga sobre la mesa, envolviéndome en una promesa de oro y ceniza. Estoy a punto de rendirme, a punto de dejar que el miedo gane el partido más importante de mi carrera.

Capítulo 20: El eco de una traición

El sonido de una notificación en mi teléfono corta el silencio de la librería como un disparo. Estoy terminando de redactar la moción para detener el desahucio de los Miller. Por primera vez en semanas, siento que tengo el control de la situación, pero la pantalla brilla con un correo de remitente desconocido que congela mis dedos sobre el teclado.

El asunto solo dice: Lealtad de cristal.

Hago clic mientras el corazón martillea contra mis costillas. Es una fotografía. La calidad es granulada, tomada desde un ángulo bajo, pero la figura resulta inconfundible. Caleb Miller sale de un restaurante discreto en las afueras de la ciudad. A su lado, un hombre con un traje demasiado caro le estrecha la mano con una sonrisa de tiburón. Reconozco ese rostro de mis investigaciones: es el agente principal de los Detroit Vipers.

En la mesa, entre ellos, se distingue una carpeta abierta con el logotipo de la serpiente.

—No... —susurro. El aire parece abandonar mis pulmones de golpe.

Siento una náusea violenta. No es solo la decepción profesional; es el peso de cada beso, de cada palabra compartida en la penumbra del estadio y de cada promesa implícita de que él era diferente. Me dijo que quería aprender a ser «solo Caleb», pero mientras yo me jugaba la carrera al enfrentarme a los socios de su club, él negociaba su precio con el enemigo.

Me ha usado. Me ha utilizado como un refugio, como una distracción mientras cerraba el trato que destruiría el corazón de este equipo.

De repente, mi teléfono empieza a vibrar de forma frenética. No son mensajes privados. Son alertas de prensa: Vail Gazette, Sports Insider, The Hockey Beat. Los titulares llueven como ceniza: «¿Traición en el hielo? El Roble de los Blizzard, visto con Detroit», «Caleb Miller: ¿el fin de una era o el inicio de una traición?».

El timbre de la librería suena con una insistencia violenta. A través de los ventanales veo el resplandor de los flashes. Los periodistas han rastreado mi vinculación con él. Saben que la abogada de «Justicia de Papel» ha pasado tiempo con el veterano en desgracia.

—¡Sofía! —grita don Mateo desde la entrada—. ¡Hay una horda de fotógrafos ahí fuera preguntando por Miller!

Las lágrimas me escuecen en los ojos, pero me niego a dejarlas caer. La rabia, fría y afilada como una cuchilla, se instala en mi pecho. Entro en mi lista de contactos y busco su nombre: Caleb (El Tanque). El hombre que me sostuvo por la cintura para que no cayera en el lago es el mismo que me ha empujado al abismo.

Mis dedos tiemblan mientras selecciono su número. No voy a llamarlo. No voy a darle la oportunidad de mentirme otra vez con esa voz ronca que tanto me gustaba.

Pulso «Eliminar contacto».

La pantalla me pregunta si estoy segura. ¿Deseas eliminar a Caleb?

—Sí —digo en voz alta. Mi voz suena rota, extraña en mis propios oídos—. Borra todo.

Justo cuando el primer periodista golpea el cristal de la puerta al gritar mi nombre, el rastro de Caleb desaparece de mi teléfono. Pero el eco de su traición se queda vibrando en el aire para recordarme que en el hockey, como en el amor, el golpe más peligroso es siempre el que no ves venir.

Capítulo 21: Palabras no dichas

El frío de Vail Creek hoy no se queda en la calle; se ha metido bajo mi piel y parece haberse instalado en el hueco que Sofía dejó en mi pecho. El escándalo de la foto ha estallado como una granada de fragmentación, y los pedazos nos están alcanzando a todos. La prensa me tacha de traidor, mis compañeros me miran con una duda razonable y, lo peor de todo, ella ha borrado mi rastro de su vida.

La encuentro a la salida de la librería. El viento agita su abrigo oscuro y ella camina con la cabeza baja, como si intentara evitar que el mundo le pese demasiado.

—Sofía —la llamo, interceptándola antes de que llegue a su coche.

Ella se detiene en seco. No se asusta, pero la mirada que me dedica es tan gélida que hace que el hielo de la pista parezca una manta caliente. No hay rastro de la mujer que me besó a oscuras en el estadio.

—No tenemos nada de qué hablar, Miller. Mi teléfono está limpio, y mi vida también debería estarlo.

—No es lo que parece —digo, dando un paso hacia ella. La rodilla me lanza un pinchazo de advertencia, pero lo ignoro—. Esa reunión... el sobre... hay cosas que no puedo explicarte todavía.

—¿"Todavía"? —Ella suelta una risa amarga que me corta como una cuchilla—. Caleb, te vi. El mundo entero te vio. Estás vendiendo tu "Pura Lealtad" al mejor postor mientras yo lucho por gente que no tiene nada. ¿Sabes lo que más me duele? Que por un momento creí que bajo ese metro noventa de músculo había algo más que una cuenta bancaria.

Me muerdo la lengua hasta sentir el sabor del metal. Podría decirle la verdad. Podría decirle que el agente de Detroit no solo me ofrecía un contrato, sino que me estaba dando información sobre cómo los socios de los Vipers están conectados con el desahucio que ella investiga. Podría decirle que me reuní con el diablo para intentar darle las armas que ella necesita.

Pero si abro la boca ahora, antes de confirmar las pruebas, pondría una diana en su espalda. Detroit no juega limpio, y los

hombres con los que ella se está enfrentando legalmente son capaces de cosas que ella, en su idealismo, aún no imagina.

—Solo te pido un voto de confianza, Sofía. Unos días —suplico, y odio la nota de desesperación en mi voz.

—La confianza no es un préstamo que se pide, Miller. Se gana. Y tú la has quemado para calentarte en el invierno de Detroit.

Ella se acerca para rodearme y entrar en su coche. Al pasar por mi lado, su hombro roza el mío. Es un contacto mínimo, accidental, pero la descarga eléctrica de deseo no resuelto nos sacude a ambos. Veo cómo sus dedos tiemblan al apretar las llaves y cómo sus pupilas se dilatan por un segundo. El deseo sigue ahí, latiendo bajo el dolor, recordándonos lo que perdimos antes de tenerlo de verdad.

—Vete a casa, Caleb —dice sin mirarme—. El cronómetro ha llegado a cero.

Se sube al coche y arranca, dejándome solo en el aparcamiento vacío. La distancia física que nos separa ahora mismo, apenas unos metros de asfalto, duele infinitamente más que cada impacto, cada cirugía y cada hueso roto de mi carrera. Soy "El Roble", el muro que nadie puede atravesar, pero me he quedado fuera de la única zona que realmente me importaba proteger.

Capítulo 22: Justicia de papel y hielo

Llevo cuarenta y ocho horas sin dormir más de tres horas seguidas. Mi despacho en la trastienda de la librería se ha convertido en un búnker. Las paredes están cubiertas de diagramas que conectan a Alpine Developments con las cuentas secundarias de la directiva de los Blizzard. Valentina tenía razón: en Vail Creek, el hockey no solo es el alma del pueblo, sino también el escondite perfecto para el dinero sucio.

—Lo tengo —susurro, frotándome los ojos irritados.

He rastreado los flujos de capital hasta un nodo ciego. Las pruebas definitivas de que el desahucio es un fraude —correos internos, contratos paralelos y el rastro de los sobornos al ayuntamiento— no están en una nube segura ni en un archivo físico. Están en el servidor local del Ice Palace, bajo el protocolo de seguridad de la administración del estadio.

Se supone que la directiva del equipo es intocable, pero han sido descuidados al usar la infraestructura del club para sus negocios privados.

Me reclino en la silla y dejo escapar un suspiro tembloroso. Para entrar en esa sala de servidores necesito una tarjeta de acceso de nivel "Oro". No la tiene un administrativo, ni un guardia de seguridad cualquiera. Solo la tienen el Coach, los socios mayoritarios y los capitanes veteranos con rango de institución.

Caleb Miller.

Miro mi teléfono. Su nombre sigue borrado, pero su número está grabado a fuego en mi memoria. El resentimiento me quema la garganta; la imagen de él con el agente de Detroit sigue ahí, recordándome que él también podría ser parte de ese sistema corrupto. Pero mi ética profesional me grita que no puedo dejar que esa familia pierda su hogar por mi orgullo.

¿Debo usarlo? ¿Debo llamar al hombre que me traicionó para que me abra la puerta a la verdad?

Si Caleb está realmente en negociaciones con Detroit, pedirle que robe información de los servidores de su actual equipo es pedirle

que cometa un suicidio profesional antes de tiempo. Si lo hace y lo pillan, perderá su contrato de retiro, su reputación y, posiblemente, su libertad.

—Justicia de papel... —murmuro, mirando el logo de la fundación en mi carpeta.

A veces, la justicia no es limpia. A veces, para salvar a los inocentes, tienes que pedirle a un pecador que te preste sus llaves. Me debato entre el odio que siento por su secreto y la necesidad desesperada de su ayuda. Pero si algo he aprendido de "El Roble", es que un defensa no abandona su posición cuando la presión aumenta.

Tomo el teléfono y, con el corazón martilleando contra mis costillas, empiezo a marcar. No sé si me responderá, ni si me ayudará, pero si hay una pizca del hombre que conocí en aquel lago helado, Caleb Miller me abrirá esa puerta aunque eso signifique quemar su mundo en el proceso.

Capítulo 23: El puente de cristal

El aire en el vestuario está viciado, pero hoy no es solo el olor a sudor y resina. Hay algo más. Una vibración en la nuca que me dice que el hielo bajo mis pies es mucho más delgado de lo que pensaba.

Me acerco a mi taquilla, la número 4, y me detengo en seco. La cerradura de combinación tiene una muesca que no estaba ahí esta mañana. Al abrirla, el bote de analgésicos ha cambiado de posición y mis vendas están apiladas con una pulcritud que no es la mía. Alguien ha estado husmeando. Alguien busca pruebas de que mi rodilla es ceniza o de que mis lealtades han cruzado la frontera de Colorado.

—Miller, a la oficina. Ahora. —La voz de Marcus Thorne, el director de operaciones, suena como un latigazo desde la puerta.

Camino por el pasillo sintiendo cada paso como una traición de mis articulaciones. Al entrar, Thorne no me ofrece asiento. Está de pie frente al ventanal que da a la pista vacía, dándome la espalda.

—Caleb, llevas quince años aquí. Eres "El Roble". Pero hasta los robles se pudren si no reciben la luz adecuada —dice, girándose con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Sabemos lo de la foto. Sabemos que Detroit te está tentando con un retiro de oro.

Me quedo inmóvil. El silencio en la oficina es tan pesado que puedo oír el zumbido de los servidores en la habitación contigua.

—He hablado con el dueño —continúa Thorne, dejando un contrato sobre la mesa—. Esta es nuestra oferta final. Renovación por un año, sueldo a la baja —un cincuenta por ciento menos de lo que gano ahora— y una cláusula de rescisión inmediata si te pierdes más de tres partidos por lesión.

—Es un insulto, Marcus. He dado mi vida por este escudo.

—Este escudo tiene que ganar partidos, no pagar pensiones de invalidez —responde con una frialdad corporativa que me revuelve el estómago—. Tienes hasta el partido del viernes contra los Knights para decidirte. O firmas esto y demuestras que tu lealtad es real, o coges tus cosas y te vas a Detroit antes de que termine la semana.

No habrá despedidas con honores, Caleb. Solo un comunicado de prensa sobre un veterano que no supo irse a tiempo.

Salgo de la oficina con el papel quemándome en la mano. Cruzo el túnel hacia el hielo, ese puente de cristal que ha sido mi vida y que ahora parece a punto de estallar en mil pedazos.

Me siento en el banco, solo, en la penumbra del estadio. Si firmo, me humillo por un club que ya me ha desechado. Si me voy a Detroit, confirmo las sospechas de Sofía y me convierto en el traidor que siempre juré no ser. Pero hay una tercera opción que Thorne no ha previsto: si lo que Sofía me dijo sobre la corrupción en los servidores es cierto, el club no solo me está echando, me está usando como cortina de humo para sus crímenes.

El cronómetro no se detiene. El viernes es la fecha límite para mi carrera, para mi honor y, posiblemente, para la única oportunidad que tengo de recuperar a la mujer que me hizo creer que había vida después del último pitido.

Capítulo 24: Calor en la tormenta

El viento aúlla contra las paredes de troncos de la cabaña, un lamento salvaje que sacude los cimientos de madera. Vail Creek ha desaparecido bajo un manto blanco y furioso; la ventisca nos ha dejado aislados en este refugio de montaña donde el tiempo parece haberse detenido. Sobre la mesa del salón, los papeles del caso de desahucio —esos que nos unieron y luego nos destrozaron— están esparcidos como restos de un naufragio.

Caleb está de pie junto a la chimenea, alimentando el fuego con una intensidad que me dice que sus pensamientos queman más que las brasas. El resplandor naranja dibuja su perfil, resaltando la fatiga en sus hombros y la determinación en su mandíbula.

—El viernes es el límite, Sofía —dice sin mirarme—. Thorne quiere que firme la renovación a la baja o que me largue a Detroit. Saben que estamos cerca de algo.

Me acerco a él, ignorando la voz en mi cabeza que me pide que mantenga la distancia.

—¿Por qué no firmaste con Detroit cuando tuviste la oportunidad? —le pregunto, deteniéndome a escasos centímetros—. Te ofrecían todo lo que necesitas para tu futuro.

Él suelta el atizador y se gira. Sus ojos oscuros, cargados de una verdad cruda y dolorosa, me desarman por completo.

—Porque el futuro no significa nada si no puedo mirarte a la cara, Sofía. —Su voz es un susurro ronco que vibra en mi pecho—. Me reuní con ellos para conseguir los nombres de los inversores. Quería darte las armas para ganar tu caso, incluso si eso significaba que me tacharan de traidor. Mi lealtad no es hacia un escudo de caucho o una cuenta bancaria. Es hacia ti. Siempre ha sido hacia ti desde que me llamaste "tanque" en aquella librería.

Siento que el muro que he construido estas semanas se desmorona con un estrépito silencioso. La vulnerabilidad de su confesión, el sacrificio de su reputación por mi causa, me golpea con más fuerza que cualquier ventisca. Ya no hay dudas, ni Detroit, ni

expedientes legales. Solo estamos nosotros dos, solos en mitad de la tormenta.

Doy el último paso y coloco mis manos sobre su pecho, sintiendo el latido galopante de su corazón bajo la lana de su jersey.

—Caleb... —murmuro, buscando su mirada.

Él no espera más. Sus manos, grandes y ásperas, me sujetan la cara con una delicadeza que me hace temblar. Me besa con una urgencia nueva, un hambre que ya no sabe a despedida, sino a pertenencia. Es un beso que sabe a fuego y a refugio.

Lo guío hacia el dormitorio mientras el frío del exterior intenta, en vano, filtrarse por las rendijas. En la penumbra de la habitación, el contacto de su piel contra la mía es una revelación. Caleb se mueve con una lentitud casi reverente, como si cada caricia fuera un compromiso, cada suspiro una cláusula de un contrato que esta vez sí es eterno.

Su cuerpo, marcado por las batallas del hockey y las cicatrices del esfuerzo, es un mapa de resistencia. Pero cuando se funde conmigo, esa rigidez desaparece. No soy solo su abogada, ni él es solo mi gigante en apuros. Somos dos piezas que encajan perfectamente en el caos. La intimidad entre nosotros es absoluta, cargada de una ternura que solo nace después de haber sobrevivido al naufragio.

Fuera, el mundo puede estar cayéndose a trozos. Los Blizzard pueden desmoronarse y la prensa puede gritar traición. Pero aquí, bajo el calor de las mantas y el ritmo de nuestras respiraciones unidas, entiendo que la lealtad real no es un titular. Es este calor en mitad de la tormenta. Es Caleb Miller diciéndome, sin necesidad de palabras, que no hay lugar en el mundo donde prefiera estar que no sea a mi lado.

Capítulo 25: La última asistencia

El rugido del Ice Palace es un trueno constante que me retumba en el cráneo, pero mis sentidos están enfocados en una sola cosa: el fuego líquido que es mi rodilla derecha. He tenido que vendarla con tal presión que apenas siento los dedos del pie, pero no importa. Solo necesito sesenta minutos más. Sesenta minutos para ser "El Roble" por última vez antes de que el bosque entero se queme.

El marcador brilla en rojo: 2-2 contra los Knights. Quedan tres minutos del tercer periodo.

—¡Miller, a la pista! —grita el Coach.

Me impulso hacia el hielo. El dolor es insoportable, una cuchilla al rojo vivo que se clava en el cartílago inexistente cada vez que cambio de dirección. Cruzo la mirada con Thorne, que me observa desde el palco con la frialdad de quien espera ver un accidente de tráfico. Cree que voy a fallar. Cree que mi mente ya está en Detroit.

Pero no sabe que anoche, en la cabaña, encontré algo por lo que vale la pena romperse del todo.

El disco rebota contra la valla en nuestra zona. Me lanzo a por él, bloqueando a un delantero que me dobla en velocidad. El impacto me sacude los dientes, pero mantengo la posición. Recupero el puck y empiezo la transición. Mis pulmones arden y el sudor me nubla la vista, pero veo el hueco.

Veo a Julián Ricci desmarcándose por el ala derecha. Es joven, es rápido y tiene el hambre que yo solía tener. Podría intentar el tiro yo mismo, buscar la gloria personal en mi posible último partido, pero un defensa sabe que su mayor victoria es siempre la protección de los suyos.

—¡Julián! —rujo, y lanzo el pase.

Es un envío perfecto, una asistencia de tiralíneas que atraviesa la defensa de los Knights como un rayo. Julián recibe el disco, pivota y lo clava en la escuadra superior.

El estadio estalla. La sirena de gol suena como un coro celestial. Mis compañeros se lanzan sobre Julián, celebrando la victoria que

nos asegura los playoffs. Erick me busca con la mirada para chocar los guantes, pero yo ya no puedo más.

La adrenalina empieza a retirarse, dejando paso a una agonía ciega.

Me deslizo hacia el banquillo antes de que las piernas se me doblen por completo. Aprovecho el caos de la celebración para enfilar el túnel de vestuarios. Camino apoyado en el muro de hormigón, arrastrando la pierna derecha como si fuera un lastre de plomo. Cada paso es una pequeña muerte.

Entro en el vestuario vacío y me dejo caer en el banco, frente a mi taquilla. El silencio aquí dentro es denso, solo interrumpido por el eco lejano de los gritos de la afición. Me quito el casco y lo dejo caer al suelo. Estoy pálido, temblando, y las lágrimas de dolor —esas que nunca dejé que nadie viera— empiezan a resbalar por mis mejillas.

He cumplido. He dado mi última asistencia. He salvado al equipo en el hielo mientras Sofía, con las pruebas que le conseguí, se prepara para salvarlos fuera de él.

Cierro los ojos, apretando los dientes contra un grito que se ahoga en mi garganta. Ya no soy un jugador de hockey. Solo soy un hombre herido esperando que la mujer que ama llegue antes de que el frío me consuma por completo.

Capítulo 26: El ojo del huracán

Vail Creek se ha convertido en una ciudad de cristal a punto de estallar. El titular de la Gazette de esta mañana ha sido la mecha: «Justicia de Papel pone en el punto de mira a los Blizzard: la abogada Sofía Miller denuncia una red de corrupción inmobiliaria vinculada al club».

Al salir de la librería de don Mateo, el aire se siente diferente. No es solo el frío; es la hostilidad. Grupos de aficionados con chaquetas del equipo se amontonan en la acera. Me miran con un odio que antes reservaban para los delanteros de Detroit. Para ellos, no soy la mujer que intenta salvar a familias del desahucio; soy la mujer que quiere ensuciar el nombre de sus ídolos.

—¡Vete a Denver, abogadilla! —grita un hombre, lanzando un vaso de café vacío contra mi coche.

Me tiemblan las manos al abrir la puerta del utilitario, pero me obligo a mantener la barbilla alta. He pasado años defendiendo a los vulnerables, pero nunca me había sentido tan vulnerable como ahora.

Entonces, un murmullo recorre la multitud. Un todoterreno negro, pesado y familiar, frena bruscamente junto a la acera. Caleb baja del coche. Todavía camina con una cojera evidente tras el partido de anoche, pero su presencia sigue siendo imponente, un muro de músculo y determinación que corta el aire.

Varios periodistas se lanzan sobre él, con los micrófonos como lanzas.

—¡Miller! ¿Qué tienes que decir de las acusaciones de tu "amiga"? —pregunta una reportera—. ¿Sabías que estaba usando tu nombre para atacar al club?

Caleb no se oculta. No se mete en su coche. En lugar de eso, camina hacia mí, ignorando los flashes, y se detiene a mi lado, colocando una mano firme sobre mi hombro. Es un gesto de posesión y protección que silencia a la mitad de la calle.

—Escuchadme bien —su voz suena como el trueno antes de la tormenta—. Sofía Miller no está atacando al equipo. Está atacando la

podredumbre que algunos directivos han intentado esconder bajo nuestro hielo.

—¿Estás diciendo que la apoyas, Caleb? —el periodista de la cadena deportiva parece no creerlo—. Eso es ir contra la directiva que te paga. Es una traición a los Blizzard.

Caleb aprieta el agarre sobre mi hombro, dándome una fuerza que no sabía que me quedaba.

—Mi lealtad siempre ha sido hacia la verdad y hacia este pueblo —sentencia, mirando fijamente a las cámaras—. Si ser leal significa cerrar los ojos ante la injusticia, entonces prefiero que me llamen traidor. Sofía tiene las pruebas. Y yo voy a asegurarme de que todos las vean.

El silencio que sigue es sepulcral. Caleb acaba de dinamitar quince años de imagen pública perfecta por salvarme. Su reputación de "jugador leal", el pilar inamovible de los Blizzard, se está agrietando en tiempo real frente a todo Colorado.

Me mira por un segundo, y en sus ojos no hay arrepentimiento. Solo hay una calma feroz. Me ayuda a subir al coche mientras los abucheos de algunos fans se mezclan con los vítores de otros. Estamos en el ojo del huracán, y el viento sopla con fuerza, pero por primera vez en mi vida, no tengo miedo de que el mundo se derrumbe. Porque "El Roble" ha decidido que, esta vez, su zona de defensa soy yo.

Capítulo 27: El precio de la imagen

La oficina de Marcus Thorne parece hoy una celda de cristal. El aire acondicionado zumba con una monotonía metálica que me crispa los nervios. A través del ventanal, el hielo de la pista está siendo pulido por la Zamboni, borrando las huellas de mi último partido como si nunca hubiera existido.

Thorne me observa desde detrás de su escritorio de caoba. No hay rastro de la falsa camaradería de otros tiempos. En su lugar, hay una frialdad burocrática que me revuelve el estómago.

—Has cruzado la línea, Caleb —dice, dejando caer un documento sobre la mesa con un golpe seco—. Tu defensa pública de esa mujer no solo es un error táctico; es una violación directa de tu contrato.

—Se llama tener principios, Marcus. Deberías probarlo alguna vez —respondo, apoyándome en el respaldo de la silla. La rodilla me palpita, un recordatorio constante de que mi cuerpo ya ha tomado una decisión por mí.

—Se llama suicidio profesional —me corta él—. El departamento legal ya ha revisado tu expediente. Vamos a ejecutar la cláusula de rescisión por "conducta perjudicial para la imagen del club". Sin indemnización. Sin partido de despedida. Sin ceremonia de retirada de dorsal. Mañana, Caleb Miller será solo un nombre en la lista de agentes libres que nadie quiere contratar.

Me quedo en silencio, procesando el peso de sus palabras. Quince años. Quince años protegiendo este escudo, sangrando por estos colores, siendo el primero en llegar y el último en irse. Y todo se reduce a un párrafo en letra pequeña redactado por un tipo que nunca se ha puesto unos patines.

—¿Es una amenaza? —pregunto con la voz ronca.

—Es una oferta de salida —Thorne se inclina hacia delante—. Si te retractas públicamente, si dices que Sofía Miller te manipuló usando tu lesión y que el club es inocente de esas acusaciones de desahucio, te dejaremos marchar con honores. Te daremos el contrato de mentoría que querías. Te daremos el retiro de oro aquí, en casa.

Pienso en Sofía. Pienso en su cara de cansancio anoche, en su lucha por esa familia que no tiene a nadie más. Pienso en el sobre de Detroit que todavía quema en mi conciencia. Thorne me está ofreciendo la vida que siempre soñé a cambio de la única cosa que me queda: mi honor.

—Mi dorsal siempre ha sido el número cuatro —digo, poniéndome de pie con esfuerzo—. ¿Sabes por qué? Porque es el número de la estabilidad. De la base. Del apoyo.

Thorne frunce el ceño, confundido por mi aparente desvarío.

—Si vendo a Sofía para salvar mi imagen, no quedará nada que apoyar, Marcus. Ejecuta esa cláusula. Borra mi nombre de las paredes si quieres. Pero no vas a borrar la verdad.

—Te quedarás sin nada, Caleb. Ni hockey, ni dinero, ni futuro.

—Me quedaré con ella —sentencio, dirigiéndome a la puerta—. Y por primera vez en mi vida, eso es más que suficiente.

Salgo de la oficina sintiendo que un peso inmenso se desprende de mis hombros. Mi carrera está acabada. El "Roble" ha caído. Pero mientras camino por el pasillo hacia la salida, entiendo que a veces hay que caer para descubrir que ya no necesitas raíces en el hielo, sino alas en el corazón.

Capítulo 28: El escudo del veterano

El primer ladrillo atravesó el ventanal de la librería a las tres de la mañana. No fue un acto de vandalismo aleatorio; llevaba una nota pegada que decía: «Deja en paz a los Blizzard».

Ahora, tres días después, mi pequeño apartamento sobre la tienda se siente como una fortaleza sitiada. El teléfono no deja de sonar con números ocultos y las amenazas en redes sociales han pasado de los insultos a los detalles sobre mi rutina diaria. La directiva está nerviosa porque saben que los documentos que extrajimos de los servidores son demoledores.

Pero no tengo miedo. O, al menos, no el miedo paralizante que debería sentir.

Miro hacia el salón. Caleb está sentado en el suelo, rodeado de cajas de libros que sirven como barricada improvisada, limpiando con calma su colección de herramientas de carpintería. Se mudó aquí la misma tarde que Thorne lo despidió. No pidió permiso; simplemente apareció con un bolso de lona y esa mirada de «nadie va a tocarte mientras yo respire».

—Deberías descansar, Sofía —dice sin levantar la vista. Su voz ronca es el único ancla que me mantiene cuerda—. Mañana es el juicio por el desahucio y necesitas tener la mente clara.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —Me acerco y me siento a su lado, buscando el calor de su brazo—. Lo has perdido todo, Caleb. Tu contrato, tu casa del club, tu reputación... Todo por ayudarme a mí.

Él deja el formón sobre el suelo y me mira. Sus ojos ya no tienen esa neblina de dolor de los primeros días; hay una claridad nueva en ellos, una paz que asusta.

—No he perdido nada que valiera la pena conservar —murmuro, tomando mi mano entre las suyas. Sus palmas son ásperas, llenas de callosidades que me recuerdan su fuerza—. Durante años pensé que mi lealtad pertenecía a una marca, a un logotipo de un equipo que me desecharía en cuanto dejara de ser útil. Me equivoqué.

Se inclina hacia mí, reduciendo el espacio hasta que nuestras frentes se rozan.

—La lealtad no es un contrato firmado con tinta, abogada. No es un escudo en una camiseta. La verdadera lealtad es quedarse cuando el mundo te grita que huyas. Es proteger lo que amas aunque te cueste la piel.

En estos días de convivencia, he descubierto al hombre que hay tras el deportista. He visto cómo se levanta por las noches para comprobar las cerraduras, cómo cocina para mí cuando olvido comer y cómo me enseña que la fuerza no es solo golpear, sino resistir el embate. Caleb Miller me está enseñando a vivir sin el ruido de la fama, y yo le estoy enseñando que su valor no se mide en minutos jugados, sino en la paz que trae a este hogar.

—Mañana ganaremos —le aseguro, apretando sus dedos.

—Ya hemos ganado —responde él, besándome la sien—. Estamos juntos. El resto es solo ruido de fondo.

Me apoyo en su hombro, sintiendo la solidez de su cuerpo. El veterano que temía quedarse sin nada ha descubierto que, al perder su escudo profesional, ha encontrado uno mucho más resistente: el amor de alguien que lo ve como un hombre, no como una leyenda. Mañana nos enfrentaremos a los leones, pero esta noche, en este pequeño rincón de Vail Creek, soy la mujer más protegida del mundo.

Capítulo 29: La encrucijada del honor

Benny me cita en un apartadero de la autopista, lejos de las miradas de Vail Creek. La nieve cae con una pesadez sucia, mezclándose con el barro del asfalto. El motor de su coche alemán ronronea, pero para mí suena como el siseo de una víbora.

—Es ahora o nunca, Caleb —dice, bajando la ventanilla apenas unos centímetros—. Detroit sabe que Thorne te ha echado a los perros. Saben que no le debes nada a esa directiva de corruptos.

—¿Y qué quieren a cambio del contrato? —pregunto, sintiendo cómo el frío se me cuela en los pulmones.

Benny saca una tableta electrónica. En la pantalla brilla el logotipo de los Vipers, pero el contenido es lo que me hiela la sangre.

—Quieren el libro de jugadas de defensa de los Blizzard para la final contra ellos. Quieren saber exactamente cómo cubres a Samuel, cómo cierras los ángulos de Erick y cuál es el punto débil de la rotación de Ricci. Dales esa información y el contrato se firmará esta misma noche. No solo tendrás dinero para tu retiro; tendrás la venganza servida en bandeja de plata contra el club que te dio la espalda.

Miro la tableta. Ahí está. El mapa de la familia que me acogió cuando no era nadie. Los secretos de los hombres con los que he sangrado, reído y llorado durante quince temporadas. Entregar eso sería como apuñalar a Samuel Vance en el pecho mientras duerme. Sería convertir mi "Pura Lealtad" en una mercancía barata.

—Es mucho dinero, Caleb —insiste Benny, viendo mi duda—. Suficiente para que tú y Sofía podáis compraros la vida que queráis en cualquier parte del mundo. Lejos de las amenazas, lejos de los desahucios y lejos de este pueblo que te está escupiendo.

Cierro los ojos y, por un segundo, me permito soñar con esa libertad. Imagino a Sofía sin el peso del mundo sobre sus hombros, viviendo tranquila conmigo en una cabaña donde nadie nos conozca. Pero luego, la imagen de los niños en el barrio humilde me golpea. La imagen de Julián Ricci confiando en mi pase para anotar el gol de

la victoria. La imagen de Don Mateo dándome aquel libro sobre el arte de retirarse con honor.

—Caleb, pon el dedo en el lector y firma. Asegura tu futuro.

Abro los ojos. Miro a Benny y luego miro hacia las montañas que rodean Vail Creek. Entiendo que hay algo que el dinero de Detroit nunca podrá comprar: la capacidad de mirarme al espejo cada mañana y no ver a un extraño.

—Diles a los Vipers que pueden quedarse con su dinero —digo, con una voz que sale desde lo más profundo de mi ser—. Y diles que si quieren ganar a los Blizzard, tendrán que hacerlo en el hielo, no en un despacho de traidores.

—¡Estás loco! —grita Benny, golpeando el volante—. ¡Te vas a quedar sin nada!

—Me quedo con lo único que importa, Benny.

Me doy la vuelta y camino hacia mi camioneta sin mirar atrás. El dolor de mi rodilla sigue ahí, recordándome que el tiempo se acaba, pero mi corazón late con una fuerza renovada. He tomado mi decisión. He elegido a mis hermanos. He elegido a Sofía. He elegido ser "El Roble" hasta el último suspiro, no por un sueldo, sino por lo que significa llevar ese nombre.

Detroit ha perdido. Y yo, aunque no tenga un centavo en el bolsillo, acabo de ganar el partido más importante de mi vida.

Capítulo 30: El vestuario vacío

El ambiente en el Ice Palace es eléctrico, pero tiene un matiz agrio. Hoy no es un partido cualquiera; es la final contra los Vipers, el día en que todo Vail Creek contiene el aliento. Camino por los pasillos internos, ignorando las miradas de los guardias de seguridad. Llevo conmigo la carpeta con las pruebas definitivas contra Thorne, lista para entregarla a la fiscalía en cuanto termine el encuentro, pero mi mente solo busca una cosa.

Busco a Caleb.

Necesito decirle que lo de anoche, en la cabaña, fue el inicio de algo real. Necesito decirle que confío en él por encima de cualquier oferta de Detroit.

Llego a la puerta del vestuario de los Blizzard. Está entreabierta. El ruido de los patines y el choque de los protectores debería ser constante, pero lo que escucho es un silencio sepulcral, cargado de una tensión que se puede cortar.

—¿Dónde diablos está? —la voz de Erick Vane suena rota, furiosa.

—Se ha ido, Capi —responde Samuel, y por el tono de su voz, sé que tiene los puños apretados—. Alguien ha visto su camioneta salir del pueblo de madrugada. Dicen que el contrato con los Vipers ya está firmado.

Entro en el vestuario sin pedir permiso. Los jugadores se giran. Julián Ricci tiene la mirada perdida y el Coach Miller parece haber envejecido diez años en una noche. Me dirijo directamente a la taquilla número 4.

Está vacía.

No están sus patines, ni sus guantes desgastados, ni la foto antigua de sus padres que siempre guardaba en el rincón. El espacio donde solía estar el "Roble" es ahora un hueco oscuro y frío. Siento una punzada de pánico que me recorre la columna. ¿Realmente se ha marchado? ¿Ha claudicado ante la presión de Detroit para salvarnos a todos, o simplemente para salvarse a sí mismo?

—¡Sofía! —Valentina aparece en la puerta, con el rostro pálido—. Han dejado esto en tu asiento de la grada. Un ujier me lo ha

entregado hace un momento.

Me tiende un sobre pequeño, humedecido por la nieve. Lo abro con dedos temblorosos. No es una carta de amor, ni una explicación legal. Es una nota escrita con su caligrafía tosca, apresurada, sobre un trozo de papel de la librería de don Mateo.

"Perdóname, Sofía. Tengo que terminar esto solo. No busques al jugador, busca la verdad donde el hielo se rompe. Te quiero."

—¿Qué significa esto? —susurra Valentina, leyendo por encima de mi hombro.

No lo sé. O quizás sí. Miro la taquilla vacía de Caleb y luego a sus compañeros, que ya empiezan a salir a la pista con la cabeza baja, sintiéndose traicionados por su pilar. Caleb Miller se ha marchado, pero algo en esas últimas palabras me dice que no ha ido a Detroit a firmar un contrato, sino a librar la batalla que nadie más puede luchar.

El problema es que, si falla, no solo perderá su carrera. Perderá la oportunidad de volver a casa.

Salgo corriendo del vestuario hacia la zona de administración, con la nota apretada en el puño. El partido está a punto de empezar, la música atrona en el estadio, pero el hombre que debería estar protegiendo nuestra zona ha desaparecido en la tormenta.

—No te atrevas a rendirte, Caleb —murmuro mientras atravieso el túnel—. No me dejes sola en esto.

Capítulo 31: Brasas de sabiduría

El silencio en la cabaña de don Mateo no es el vacío del aislamiento; es el peso de la historia. Me siento frente a la chimenea, observando cómo las llamas lamen los leños de pino, mientras el anciano sirve dos tazas de un té que huele a hierbas silvestres y a años de paciencia. Fuera, la tormenta de Vail Creek ruge contra las ventanas, un lamento salvaje que parece querer arrancar la cabaña de sus cimientos. Pero aquí dentro, el único sonido es el crujido de la leña y el latido desbocado de mi propio corazón.

Apoyo los codos en las rodillas y escondo el rostro entre las manos. Me duelen los dedos, me duele la pierna, pero lo que más me quema es la imagen de Sofía en el vestuario vacío, encontrando mi taquilla limpia de recuerdos.

—Creen que me he ido, Mateo —digo, y mi voz suena extraña, una mezcla de cansancio y rabia—. La prensa ya tiene los titulares listos. Los Blizzard creen que el hombre que juró protegerlos ha vendido el escudo por un retiro de oro en Detroit. Sofía... ella debe de estar odiándome con cada fibra de su ser ahora mismo.

El anciano se sienta frente a mí con una parsimonia que me obliga a calmarme. No hay juicio en su mirada, solo una sabiduría antigua que ha visto a muchos hombres romperse antes de volver a forjarse.

—A veces, Caleb, para salvar la casa, hay que dejar que el enemigo crea que has abandonado la puerta —responde, rodeando la taza caliente con sus manos nudosas—. La lealtad no es una línea recta, muchacho. Es un laberinto. Y la verdadera lealtad no se compra con contratos de millones ni se firma ante las cámaras. Se demuestra cuando estás dispuesto a ser el villano de la historia para que los tuyos sigan siendo los héroes.

Tomo un sorbo del té amargo. El calor me recorre la garganta, dándome la claridad que necesitaba. Mateo tiene razón. Durante quince años he sido el escudo físico de los Blizzard, deteniendo discos con mi cuerpo para que otros anotaran los goles. Esta es solo otra parada, solo que esta vez el ataque no viene de la pista, sino de

despachos con moqueta y sonrisas falsas de hombres como Marcus Thorne.

Si firmo con Detroit de verdad, seré un paria, un nombre borrado de la historia de Vail Creek. Pero si uso esa oferta como cebo, puedo hacer que Thorne confiese. Él cree que ya me tiene. Cree que mi despecho por la renovación a la baja y mi miedo al futuro son mayores que mi honor. Cree que estoy lo suficientemente roto como para vender a mis hermanos por un poco de seguridad.

—Voy a hacerlo —sentencio, y esta vez mi voz no tiembla. Me pongo en pie a pesar del pinchazo de advertencia en mi rodilla, sintiendo que la determinación me devuelve la fuerza—. Voy a dejar que Thorne crea que soy suyo. Mañana me reuniré con él. Dejaré que se jacte de su poder, que me cuente cada detalle de sus apuestas y de cómo planea usar el desahucio para sus negocios. Necesito que se sienta seguro, que crea que somos socios en la caída de los Blizzard. Solo así bajará la guardia.

Don Mateo asiente con una sonrisa triste y se acerca a un pequeño baúl de madera oscura. Tras rebuscar un momento, saca un viejo disco de hockey, el mismo que Samuel Vance dejó aquí hace años cuando todo estuvo a punto de perderse por la "Pura Traición". Me lo entrega con una solemnidad que me eriza la piel. El caucho está frío y desgastado, marcado por miles de impactos.

—Lleva esto, Caleb. Es el recordatorio de que en este equipo, nadie pelea solo, aunque el mundo piense lo contrario. Incluso cuando parece que caminas por la oscuridad, nosotros somos la luz que te guiará de vuelta a casa. Ve allí, muchacho. Sé el muro una última vez, aunque esta vez el hielo sea de papel.

Guardo el disco en el bolsillo de mi chaqueta, sintiendo su peso sólido contra mi muslo. La decisión está tomada. Mañana el mundo pensará que Caleb Miller es un traidor. Pero hoy, frente a las brasas de Mateo, sé que nunca he sido más leal a los Blizzard que en este preciso momento.

Capítulo 32: La soledad del capitán

El silencio en la librería de don Mateo es diferente hoy. No es la paz de los libros antiguos, sino un vacío denso, una ausencia que pesa más que el granito. He pasado las últimas horas sentada en el despacho de la trastienda, con la mirada fija en una taza de café que se enfrió hace una eternidad. Cada vez que cierro los ojos, veo la taquilla vacía de Caleb, ese hueco oscuro en el vestuario de los Blizzard que parece representar el agujero que se ha abierto en mi vida.

La prensa es una jauría. Los titulares parpadean en mi teléfono como balizas de un naufragio: «El Roble se quiebra», «La gran traición de Vail Creek». Dicen que Caleb se ha ido a Detroit. Dicen que el dinero y el miedo al retiro pudieron más que quince años de historia.

—No puede ser verdad —susurro al aire, pero mi voz suena pequeña, quebrada—. No él.

Me duele el pecho con una intensidad física. No es solo la decepción de la abogada que creía en la justicia, es el dolor de la mujer que, en la calidez de una cabaña nevada, creyó haber encontrado un hogar en los brazos de un hombre que juró protegerla. Si Caleb se ha ido, si realmente ha firmado con los Vipers, entonces todo lo que construimos bajo la tormenta era solo una ilusión de invierno.

Sin embargo, mi instinto de abogada —ese que me enseñó Valentina y que se forjó en mil batallas de "Justicia de Papel"— se niega a rendirse. Hay piezas que no encajan. Un hombre que enseña a los niños de un barrio humilde a defender su zona con un palo de escoba no vende su alma en mitad de la noche.

Un golpe seco en la puerta de la librería me saca de mis pensamientos. Don Mateo entra con un paquete pequeño, envuelto en papel craft sin remitente. Su rostro es una máscara de serenidad, pero sus ojos brillan con una chispa que no estaba ahí esta mañana.

—Ha llegado esto para ti, Sofía —dice, dejando el envoltorio sobre mi escritorio.

Mis manos tiemblan tanto que me cuesta romper el papel. Cuando el envoltorio cae, lo que queda sobre la mesa me deja sin respiración. Es un disco de hockey negro, viejo y maltratado. El caucho tiene muescas profundas, cicatrices de mil batallas sobre el hielo. Lo reconozco al instante; es el disco de la "Pura Traición", aquel que Samuel Vance dejó como recordatorio de que las cosas no siempre son lo que parecen.

Debajo del disco hay un trozo de papel arrancado de un cuaderno. La caligrafía es tosca, apresurada, inconfundiblemente la de Caleb.

«Confía en el proceso, abogada. No mires al jugador, mira la jugada. El hielo es más sólido de lo que parece bajo la nieve. Te veré en el tercer periodo. C.»

Siento un vuelco en el corazón tan violento que tengo que apoyarme en la mesa. La niebla de la angustia empieza a disiparse, reemplazada por una descarga de adrenalina pura. Caleb no se ha ido. Caleb no nos ha abandonado.

—No es una huida —murmuro, mirando a don Mateo, que asiente con una leve sonrisa—. Es una infiltración.

Lo entiendo todo en un segundo. Caleb ha usado el rumor de Detroit como una pantalla de humo. Se ha dejado convertir en el villano para acercarse a Thorne, para entrar en la boca del lobo y conseguir lo que yo no pude desde fuera. Su "desaparición" no es un adiós; es el sacrificio de su reputación para salvar a la fundación, al equipo y, sobre todo, para darme las pruebas que necesito para ganar esta guerra.

—Él está ahí fuera, solo —digo, poniéndome en pie, sintiendo cómo la fuerza regresa a mis venas—. Está arriesgando lo único que le quedaba para darnos una oportunidad.

Ya no hay tiempo para lágrimas. Si Caleb está jugando la partida más peligrosa de su vida en la oscuridad, yo voy a ser la luz que lo traiga de vuelta. Me guardo la nota en el bolsillo, junto al corazón, y tomo el disco negro con una firmeza renovada.

El cronómetro está en marcha, y la defensa de los Blizzard está a punto de lanzar el contragolpe más épico de su historia.

Capítulo 33: Sangre azul y plata

El pasillo que conduce al vestuario de los Blizzard nunca me había parecido tan largo. Mis patines resuenan contra el caucho del suelo, un eco metálico que parece anunciar mi propia ejecución. El dolor de mi rodilla es ahora un ruido de fondo, una estática sorda comparada con la presión que siento en el pecho. Sé lo que piensan de mí. He dejado que lo piensen. He permitido que el veneno de la traición se filtrara en el equipo para que el enemigo creyera que el muro se había derrumbado.

Abro la puerta pesada de madera.

El silencio que me recibe es cortante, una barrera de hielo mucho más fría que la pista exterior. Erick Vane está de pie en el centro, terminando de ajustarse los protectores. Al verme, sus ojos —esos ojos que han liderado a este equipo en mil batallas— se oscurecen con una rabia que me hace desear que me golpeara de una vez. Samuel Vance está a su lado, con los puños apretados, y Julián Ricci, el chico al que le enseñé a cubrir el ala, aparta la mirada como si le doliera verme.

—Tienes diez segundos para darte la vuelta y salir de aquí por tu propio pie, Miller —ruje Erick. Su voz es un látigo que restalla en el vestuario vacío de alegría—. Antes de que olvide que alguna vez fuimos hermanos.

—Cinco minutos —respondo, y mi voz suena firme, aunque por dentro todo se esté cayendo a pedazos. Cierro la puerta tras de mí y apoyo la espalda en ella—. Es todo lo que pido. Luego, si queréis, podéis entregarme a la grada o lanzarme por la borda. Pero escuchadme.

Nico y Samuel dan un paso al frente, rodeándome. Siento la tensión física, la agresividad de un equipo que se siente herido en su orgullo.

—¿Escuchar qué? —escupe Samuel—. ¿Cómo has firmado con Detroit? ¿Cómo nos has vendido mientras nosotros nos jugamos el pellejo en la final? Te vimos, Caleb. La foto, la huida...

—No hay contrato con Detroit —suelto, y las palabras caen como piedras pesadas en el centro de la sala—. Nunca lo hubo.

Saco mi teléfono y una pequeña grabadora que llevaba oculta bajo la sudadera. Les hablo de las reuniones con Benny, de las amenazas de Thorne y de cómo he pasado las últimas cuarenta y ocho horas fingiendo que era el traidor que ellos querían para entrar en los servidores de la administración que solo el dueño y yo podemos abrir.

—Thorne ha estado manipulando las apuestas contra nosotros —continúo, y veo cómo la expresión de Erick empieza a cambiar de la ira al asombro—. El plan de desahucio de la fundación no es por dinero, es para limpiar el capital de sus deudas de juego. He conseguido que confiese los detalles creyendo que yo era su nuevo socio en el crimen. Sofía tiene las pruebas. Ella está en el palco ahora mismo cerrando la trampa.

El silencio que sigue es diferente. Ya no es hostil, es un vacío de estupefacción. Julián me mira, buscando la verdad en mis ojos, y Samuel relaja los puños.

—¿Te has dejado odiar por todo el pueblo... solo para conseguir eso? —pregunta Nico con voz queda.

—Era la única forma —admito, sintiendo que la fatiga me golpea de golpe—. Si Thorne sospechaba un segundo que yo seguía siendo fiel a los Blizzard, no me habría dejado entrar en su círculo. Tenía que ser el villano para que vosotros pudierais seguir siendo el equipo de Vail Creek.

Erick se acerca a mí. Es un hombre de pocas palabras, pero cuando pone su mano enguantada sobre mi hombro, el peso de su respeto me devuelve el alma al cuerpo.

—Lo siento, Roble —murmura, y su voz suena ronca de emoción —. Debería haber sabido que no te romperías tan fácil.

—Todos lo sentimos —añade Samuel, cerrando el círculo en torno a mí.

Julián, Nico y los demás se unen, juntando sus hombros con los míos. Es el momento de la "familia encontrada", ese vínculo que no depende de la sangre, sino de las cicatrices que compartimos bajo la

misma camiseta. Somos cinco hombres, cinco historias de superación, cerrando filas en torno a la verdad.

—Sangre azul y plata —dice Erick, iniciando el grito de guerra que nos define.

—Sangre azul y plata —respondemos todos al unísono, y el vestuario vuelve a vibrar con una energía que Thorne no podrá destruir jamás.

Me pongo el casco y ajusto la rejilla. Mi rodilla grita, mi carrera está en las últimas, pero mientras salgo al túnel rodeado de mis hermanos, entiendo que no hay contrato en Detroit ni dinero en el mundo que valga más que este momento. Vamos a jugar el partido de nuestras vidas, y esta vez, el enemigo no está en el otro banquillo, sino en el palco de honor.

Y nosotros vamos a por él.

Capítulo 34: El veredicto del corazón

El aire en el pasillo que conduce al palco VIP es denso, cargado de ese aroma a cuero caro y perfume de diseñador que suele camuflar las peores intenciones. Aprieto mi maletín contra el costado, sintiendo el peso del disco negro de Caleb en el bolsillo de mi chaqueta. Es mi amuleto, el recordatorio de que mientras yo camino por esta moqueta impecable, el hombre que amo se está jugando la vida y la reputación sobre el hielo, unos metros más abajo.

Abro las puertas dobles del palco de la presidencia.

Marcus Thorne está allí, sosteniendo una copa de champán con la suficiencia de quien se cree dueño no solo de un equipo, sino de las almas que lo componen. Elena, elegante y gélida como siempre, está a su lado, junto a un grupo de inversores que ríen ante algún comentario sobre la "oportuna retirada" de Caleb Miller. El partido acaba de empezar; a través del cristal reforzado, las luces del estadio brillan sobre la pista, pero aquí dentro el silencio es artificial y absoluto.

—Señorita Miller —Thorne se gira, con una sonrisa que no llega a sus ojos de tiburón—. Me sorprende verla aquí. Pensé que estaría ayudando a su cliente a hacer las maletas para Detroit. O quizás buscando un nuevo bufete ahora que el suyo está a punto de quedar en la ruina.

—No he venido por mi bufete, Marcus —respondo, y mi voz suena con una firmeza que hace que un par de inversores dejen de reír—. He venido a entregarle una notificación. Pero no es de desahucio.

Camino hacia la consola central del palco, la que controla las comunicaciones internas y las pantallas privadas de los socios. Elena intenta interponerse, pero le dedico una mirada tan afilada que retrocede un paso. Con un movimiento rápido, conecto la unidad de memoria que Caleb extrajo de los servidores.

—¿Qué cree que está haciendo? —ruje Thorne, dejando la copa sobre una mesa auxiliar. Su rostro empieza a teñirse de un rojo peligroso.

—Estoy iniciando el juicio, Marcus. Pero no vamos a esperar a que un juez dicte sentencia en seis meses. Su veredicto llega hoy.

En las pantallas del palco, y simultáneamente en el sistema de seguridad interno, empiezan a desfilar los archivos: las órdenes de pago a cuentas en paraísos fiscales, los correos donde se detalla cómo se iba a demoler el barrio de la fundación para construir un complejo de lujo que lavaría el dinero de las apuestas perdidas de la directiva. Y lo más letal: el audio de la conversación de anoche.

La voz de Thorne llena el palco, clara y nítida, jactándose de cómo había "quebrado al Roble" y de cómo el desahucio era solo el primer paso para desmantelar la identidad de Vail Creek en beneficio propio.

—¡Eso es una grabación ilegal! —grita Thorne, avanzando hacia mí con los puños cerrados.

—Es una prueba de un delito flagrante, obtenida por un empleado del club en el ejercicio de su derecho de protección —respondo, manteniéndome firme, sin retroceder ni un milímetro—. Y mientras usted gritaba, las autoridades federales han recibido el paquete completo.

Thorne se detiene en seco cuando las puertas del palco vuelven a abrirse. Esta vez no es un camarero. Son cuatro agentes de la policía estatal, seguidos por un representante de la liga de hockey.

En ese momento, me giro hacia el ventanal. Abajo, en el hielo, veo la figura de Caleb. No necesita mirar hacia arriba para saber que he cumplido mi parte. Ha sido una emboscada legal en el corazón mismo de su imperio. He brillado como la abogada implacable que Valentina me enseñó a ser, pero por dentro, mi corazón solo late por el hombre que me dio las armas para ganar esta guerra.

—Señor Thorne, queda usted bajo custodia —anuncia el agente jefe—. Y por orden de la liga, la propiedad del club queda intervenida cautelarmente.

Miro a Elena, que ha perdido todo su color, y luego vuelvo a mirar al hielo. La justicia de papel ha cobrado vida, y el veredicto del corazón ha sido unánime. Hemos ganado.

Capítulo 35: Todos por uno

El aire en el túnel de vestuarios está cargado de una electricidad estática que me eriza el vello de los brazos. Mis compañeros caminan a mi lado, sus protecciones chocando rítmicamente, pero hoy no hay la charla habitual ni los gritos de ánimo. Hay un propósito mucho más oscuro y pesado. Al salir al hielo, el resplandor de los focos me ciega por un instante, pero el rugido de la grada me devuelve a la realidad.

Vail Creek está aquí. Miles de personas que han pagado una entrada para vernos jugar la final, sin saber que el verdadero partido se está librando en los despachos.

El árbitro hace sonar el silbato para el inicio del tercer periodo. El disco está listo para el saque neutral. Pero Erick no se coloca en el círculo. Samuel no patina hacia la línea azul. Yo me quedo clavado frente a mi portería, con el stick apoyado en el hielo, pero sin la tensión de la defensa.

Uno a uno, nos quitamos los cascos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —el grito del asistente de Thorne desde la banda se escucha incluso por encima del murmullo del público—. ¡Jugad! ¡Miller, vuelve a tu sitio!

No nos movemos. Los jugadores de los Vipers, confundidos, detienen su avance. El silencio empieza a extenderse por las gradas, una marea de desconcierto que pronto es interrumpida por la imagen que aparece en el videomarcador central. Sofía lo ha logrado. La confesión de Thorne retumba en los altavoces del estadio, su voz distorsionada por la arrogancia, admitiendo que nos usaba como peones en su tablero de deudas.

Erick patina hacia el centro de la pista y levanta el brazo, pidiendo silencio. Los micrófonos de ambiente de la televisión nacional, que retransmite el partido para todo el país, captan cada una de sus palabras.

—Este equipo no es una propiedad privada —su voz suena como un trueno—. Los Blizzard pertenecen a esta ciudad, a la gente que se deja el alma en las gradas y a los jugadores que sangramos por

estos colores. No jugaremos ni un segundo más bajo el mando de un criminal.

El estadio estalla. No es un aplauso; es un clamor de guerra. «¡Todos por uno! ¡Todos por uno!», empieza a corear el sector de los fans más veteranos, y pronto la consigna se vuelve unánime.

—Exigimos la dimisión inmediata de la directiva —continúa Erick, mirándome de reojo con un respeto que me hincha el pecho—. Y exigimos que la propiedad pase a un fondo gestionado por los veteranos y la comunidad. Si no hay justicia, no hay hockey.

Es una huelga en directo. Millones de personas están viendo cómo "El Roble", el "Capitán" y el resto de los Blizzard desafían al poder establecido en el centro de su propio templo. Miro hacia el palco VIP. Veo a Thorne siendo escoltado fuera por los agentes, su imperio desmoronándose bajo sus pies.

Siento una mano en mi hombro. Es Samuel. Luego Julián. Nos alineamos en el centro del hielo, hombro con hombro, formando una barrera humana que ninguna directiva podrá romper jamás. El público de Vail Creek empieza a lanzar sus bufandas azules y plata a la pista, cubriendo el hielo con los colores de nuestra verdadera lealtad.

La ciudad no nos ha abandonado. Han entendido que, para salvar el alma de los Blizzard, primero teníamos que estar dispuestos a perder el partido. Pero mientras el rugido de la multitud me envuelve, entiendo que nunca hemos estado más cerca de la verdadera victoria.

Capítulo 36: Nieve sobre las heridas

El caos fuera del túnel es ensordecedor. El rugido del estadio, los gritos de los periodistas y el eco de las sirenas de la policía se mezclan en una cacofonía que debería resultarme abrumadora, pero yo solo puedo escuchar el sonido de mis propios pasos sobre el cemento frío. Camino a través de las entrañas del Ice Palace, dejando atrás las luces brillantes del palco y la suciedad de la corrupción que acabamos de exponer.

Busco el silencio. Lo busco a él.

Lo encuentro apoyado contra una de las columnas de hormigón, justo antes de la entrada al vestuario principal. Caleb todavía lleva la parte inferior de su equipación, pero se ha quitado las protecciones del pecho, dejando su camiseta térmica empapada en sudor y esfuerzo. Se ve exhausto, con la espalda encorvada y la respiración pesada, como un guerrero que acaba de darse cuenta de que la guerra, por fin, ha terminado.

Al verme, se endereza con dificultad. La cojera de su pierna derecha es más pronunciada que nunca, pero sus ojos... sus ojos están limpios.

—Sofía —murmura mi nombre, y su voz suena como el roce del hielo contra el metal.

—Lo hemos logrado, Caleb. Thorne está fuera. El equipo es libre.

Él no celebra. Da un paso hacia mí, acortando la distancia con una lentitud reverente. Se detiene a escasos centímetros, y por un momento, solo nos miramos. Hay tantas cosas que se han quedado congeladas entre nosotros: la duda, el sobre de Detroit, el silencio de estos últimos días.

—Perdóname —dice, y la palabra cae con un peso inmenso entre los dos—. Perdóname por haberte dejado en la oscuridad. Sabía que si Thorne sospechaba que tenías las pruebas antes de tiempo, iría a por ti. No podía permitir que fueras un daño colateral de mi estrategia. Preferí que me odiaras a que estuvieras en peligro.

Siento que las últimas brasas de mi resentimiento se apagan bajo la lluvia de su sinceridad. Lo miro y no veo al ídolo, ni al traidor, ni al

"Roble" inexpresivo. Veo al hombre que estuvo dispuesto a que todo su mundo lo despreciara con tal de mantenerme a salvo.

—Eres un idiota, Miller —susurro, sintiendo que las lágrimas me escuecen los párpados—. Un idiota noble y obstinado.

—Lo soy —admite con una media sonrisa triste.

No espero a que diga nada más. Rompo la última barrera y me lanzo hacia él, rodeando su cuello con mis brazos. Caleb me recibe con una urgencia desesperada, levantándome del suelo como si fuera su único anclaje en un mundo que se desmorona.

Lo beso con toda la fuerza de las palabras que no dijimos, con el alivio de la verdad recuperada y la pasión que la tormenta no pudo apagar. Es un beso que sabe a redención, a sudor y a esa nieve fresca que cae sobre las heridas para calmarlas.

En ese instante, un resplandor de flashes ilumina el túnel oscuro. Un grupo de fotógrafos y una cámara de la retransmisión nacional, que nos han seguido desde la pista, captan la escena. Pero no me importa. Por una vez, no soy la abogada analítica preocupada por la imagen pública, y él no es el veterano preocupado por el contrato.

Somos solo nosotros.

Esa imagen —la del guerrero herido y la abogada implacable unidos en un abrazo feroz mientras el imperio de la corrupción cae a sus espaldas— se convertirá en leyenda antes de que termine la noche. Mañana el mundo lo llamará "El beso del honor", el símbolo del fin de una era y el comienzo de otra. Pero para mí, en la penumbra del túnel, es simplemente el momento en que Caleb Miller volvió a casa.

Capítulo 37: El último vals sobre el hielo

El frío de la pista me golpea la cara al cruzar el umbral del túnel, pero esta vez no se siente como un desafío, sino como un abrazo. Han pasado treinta minutos desde que Thorne fue escoltado fuera del estadio y la liga ha dado luz verde para terminar el partido. Los últimos diez minutos de mi vida profesional.

El Coach se acerca a mí antes de que mis cuchillas toquen el hielo. Me mira a los ojos y asiente con una lentitud que denota un respeto sagrado.

—Termina la jugada, Caleb. Hazlo por ti.

Entro en la pista. Mi rodilla ya no solo duele; es un grito constante, un incendio de nervios y cartílago desgarrado que me suplica que me detenga. Cada zancada es un acto de voluntad pura. Pero entonces, lo escucho.

—¡Caleb Miller! ¡Caleb Miller! —corea el estadio al unísono.

No es el rugido ensordecedor de un gol; es un latido rítmico, una marea de miles de voces que han pasado del juicio a la devoción en una sola noche. Los aficionados golpean las vallas de metacrilato, creando un estruendo que vibra en la base de mi cráneo. Vail Creek me está pidiendo perdón, y yo los estoy perdonando a ellos con cada metro que recorro.

El disco cae al hielo.

Durante esos diez minutos, no soy un hombre de treinta y seis años con el cuerpo roto. Vuelvo a ser el chico que patinaba en estanques congelados hasta que se le congelaban las pestañas. No necesito marcar un gol. No necesito la gloria del delantero. Mi victoria es otra: veo a Samuel cerrando el paso a un atacante con una ferocidad renovada; veo a Julián volar por el ala con la confianza de quien se sabe protegido por su veterano. He mantenido la zona. He mantenido unido al equipo.

El cronómetro de la pantalla central desciende de forma implacable. 10... 9... 8...

Me coloco en mi posición defensiva, con las piernas abiertas y el stick firme. El dolor en la articulación es cegador, pero me obligo a

mantenerme erguido. Soy "El Roble". Los robles no se doblan ante el viento final.

0:00.

La bocina suena con un estruendo definitivo que me atraviesa el pecho. Se acabó.

Mis compañeros se lanzan al hielo para celebrar la victoria oficial, pero yo me quedo atrás. Poco a poco, el equipo se dirige al vestuario entre vítores, dejándome el espacio que saben que necesito. Me deslizo lentamente hacia el círculo central, el corazón mismo de la pista. El estadio empieza a vaciarse de ruido, pero la luz de los focos sigue rebotando en la superficie blanca, creando un destello casi místico.

Me quedo allí solo, en el centro de mi universo.

Me agacho con un gruñido de dolor contenido y apoyo la palma de la mano enguantada sobre el hielo. Está húmedo, marcado por las cicatrices de las cuchillas y el sudor de la batalla. Gracias, susurro para mis adentros. Gracias por haberme dado un propósito. Gracias por haberme enseñado que la verdadera fuerza no está en no caer, sino en ser el muro para los que vienen detrás.

Me pongo en pie por última vez sobre mis patines. Miro hacia la grada, hacia el sitio donde sé que Sofía me observa. Ella es mi nuevo horizonte. El hielo ha sido mi vida, pero ella es mi destino. Con un último suspiro que se convierte en vaho en el aire frío, me giro y patino hacia el túnel.

Mi vals ha terminado, y por primera vez, no tengo miedo del silencio que viene después.

Capítulo 38: Colgar los patines

Me quedo en el umbral del vestuario, manteniéndome en las sombras para no romper el carácter sagrado del momento. El aire aquí dentro es denso, cargado de ese olor metálico del hielo, sudor acumulado y una electricidad que ha pasado de la euforia de la victoria a una solemnidad que me oprime la garganta.

Caleb está sentado en su sitio habitual, bajo el número cuatro que ha defendido durante quince inviernos. Se ve más pequeño de lo que es, con los hombros hundidos por el cansancio extremo, observando sus patines como si fueran dos extensiones de su propio cuerpo que finalmente han decidido dejar de responder.

El silencio se apodera de la sala. Erick, Samuel y los demás jugadores se detienen, dejando caer sus bolsas al suelo sin hacer ruido. Todos saben que están presenciando el fin de una era.

Con movimientos lentos y ceremoniosos, Caleb desata los cordones. Sus dedos, entumecidos por el frío y el esfuerzo, parecen luchar con cada nudo. Cuando finalmente se quita el segundo patín, se queda mirando sus pies, ahora vulnerables sin la armadura de acero. Se pone de pie con un gruñido de dolor que me atraviesa el alma, se sube al banco con dificultad y, usando un par de ganchos que cuelgan del techo del vestuario, los cuelga literalmente allí.

Las cuchillas chocan entre sí con un tintineo cristalino que resuena en todo el vestuario. Es el sonido de un final definitivo.

—Se acabó —dice él, y su voz, aunque baja, tiene una resonancia que llena cada rincón.

Erick es el primero en acercarse. No hay palabras, solo un abrazo de oso, un choque de hombros que resume mil batallas. Luego Samuel, que le susurra algo al oído que hace que Caleb asiente con los ojos empañados. Julián se acerca el último, con los ojos rojos, y le da la mano con una reverencia que dice más que cualquier discurso. Es la despedida de la "familia encontrada", el reconocimiento de que "El Roble" ha cumplido su misión: el bosque está a salvo.

Me retiro al pasillo exterior para darle su último momento de intimidad con sus hermanos de hielo. Unos minutos después, lo veo salir. Ya no lleva el casco ni las protecciones; solo viste su ropa de calle y camina con una cojera que me recuerda que su sacrificio ha sido real y permanente.

Al verme, se detiene. Ya no veo al ídolo de Vail Creek, ni al capitán inalcanzable, ni a la leyenda del hockey. Veo al hombre que me protegió en la oscuridad, al hombre que está dispuesto a empezar de cero. Veo a Caleb, el hombre con el que quiero construir cada uno de mis días.

—Hola, abogada —dice, y la media sonrisa que me dedica es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Hola, Miller.

Lleva su última camiseta de juego doblada sobre el brazo, esa prenda azul y plata empapada de la épica de la noche. Se acerca a mí y me la entrega con una delicadeza inesperada.

—Guárdala —me pide, envolviendo mis manos con las suyas sobre la tela—. Ya no la necesito para saber quién soy.

Tomo la camiseta y el peso de su historia cae sobre mis brazos. Ya no es una armadura, es un legado. Lo rodeo con mi brazo libre, ofreciéndole mi hombro para que se apoye, y empezamos a caminar juntos hacia la salida. Fuera nos espera el frío de la montaña, pero mientras cruzamos el umbral del estadio, sé que ya no tenemos que luchar contra el invierno.

A partir de ahora, el invierno es nuestro.

Capítulo 39: El banquete de los Blizzard

La cabaña de Erick y Marina siempre ha sido el corazón geográfico de este equipo, pero esta noche, bajo el peso de la nieve acumulada en el tejado, se siente como un santuario. El fuego ruge en la inmensa chimenea de piedra, proyectando sombras cálidas sobre las paredes de madera, y el aire está saturado de una mezcla reconfortante de asado, vino tinto y ese perfume invisible de la camaradería que solo se forja en el hielo.

Observo la escena desde un rincón del salón, con una cerveza fría entre las manos y la espalda apoyada en una viga. Mi rodilla late con un dolor sordo, pero es un dolor honesto, el precio pagado por estar aquí, rodeado de la gente que importa.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche, Roble, o vas a unirte a la civilización? —Erick se acerca a mí con una sonrisa ladeada, chocando su hombro contra el mío. Se le ve relajado, con la guardia baja de quien sabe que su manada está a salvo.

—Solo estoy asimilando el ruido —respondo con una media sonrisa.

—Es un ruido necesario, Caleb. Disfrútalo. Te lo has ganado.

Erick vuelve al centro de la sala, donde la vida bulle en conversaciones cruzadas que parecen cerrar círculos abiertos hace años. Samuel Vance está junto a la mesa de las bebidas, riendo a carcajadas con Clara mientras ella le corrige algún detalle de una anécdota pasada. Verlos así me recuerda que el amor en Vail Creek siempre ha sido una cuestión de resistencia.

Cerca de la chimenea, Julián y Valentina están sentados en una alfombra de piel. Valentina sostiene al bebé en brazos, cuya pequeña mano se cierra alrededor de un dedo de Julián. El joven delantero, que hace meses era puro nervio y miedo, ahora mira a su hijo con una devoción que me humedece los ojos. Nico, nuestro portero, está a unos metros con su pareja, discutiendo apasionadamente sobre el diseño del nuevo fondo de gestión del equipo.

Incluso Marcus y Elena están allí. Marcus, ya libre de las sospechas que lo atormentaron en su propio libro, comparte una

mirada de complicidad con Elena mientras ella ayuda a Marina a servir las fuentes de comida.

Es una cena de fantasmas que han encontrado su camino a casa. Cada uno de ellos ha tenido su propia "Pura Traición" o su propia batalla contra la identidad. Erick fue el primero en abrir el camino, Samuel demostró que la lealtad es un arma, y Julián nos dio la esperanza de la juventud. Yo... yo simplemente he sido el que ha tenido que cerrar la puerta al final para que nadie se quedara fuera.

—¿En qué piensas? —Sofía aparece a mi lado, deslizando su mano por mi cintura. Se ha cambiado su traje de abogada por un jersey de lana gris que la hace parecer parte de la montaña.

—En que esta es la mejor jugada de mi vida —confieso, rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia mí.

—¿Mejor que la asistencia a Julián?

—Mil veces mejor. Aquella fue para el equipo. Esta es para mí.

Las conversaciones fluyen a nuestro alrededor. Escucho a Marina reírse de alguna ocurrencia de Samuel; veo a Valentina dándole consejos legales a Sofía entre risas, y por un momento, el peso de los quince años de carrera desaparece por completo. Ya no soy el jugador que debe vigilar la zona; soy el hombre que ha encontrado su propia defensa en este círculo de amigos.

Caleb Miller, el defensa inamovible, el muro de hielo, se siente por fin en paz. Miro el fuego y entiendo que las heridas cicatrizan mejor cuando hay manos amigas para cuidarlas. El banquete de los Blizzard no es una despedida; es la confirmación de que, aunque colguemos los patines, la lealtad nunca se retira.

Capítulo 40: Nuevos cimientos

El aire de la mañana en Vail Creek tiene ese aroma a renovación que solo llega cuando la nieve empieza a fundirse bajo los primeros rayos del sol de primavera. Frente a nosotros, el antiguo edificio de ladrillo rojo que Thorne pretendía demoler se yergue ahora con orgullo. Las ventanas están limpias, la madera de la puerta principal brilla tras varias capas de barniz y, sobre el dintel, un cartel de hierro forjado anuncia nuestro futuro: Escuela de Invierno Miller-Mateo.

Sostengo las tijeras de la inauguración, pero me tiemblan las manos. No es por los nervios ante la prensa, que hoy se mantiene a una distancia respetuosa, sino por la magnitud de lo que este lugar representa.

—¿Lista, abogada? —La voz de Caleb, baja y segura, llega a mis oídos.

Lo miro. Lleva un abrigo oscuro que resalta la anchura de sus hombros y, aunque se apoya ligeramente en un bastón de madera que él mismo ha tallado, su postura es la de un hombre que ha encontrado un nuevo tipo de equilibrio. Ya no necesita el hielo para sentirse sólido.

—Lista —respondo. Juntos cortamos la cinta roja.

El interior de la escuela bulle de inmediato. Niños del barrio humilde, los mismos que antes miraban el estadio de los Blizzard como una fortaleza inalcanzable, corren ahora por los pasillos con sus mochilas nuevas. Aquí, la fundación no solo ofrecerá asesoría legal para proteger sus hogares; Caleb ha diseñado un programa de mentoría deportiva que va mucho más allá de enseñar a patinar.

Caminamos hacia su nuevo despacho, que huele a café y a cera para madera. En las paredes no hay trofeos ni medallas de oro, sino fotos de los alumnos y un viejo dibujo que uno de ellos le regaló: un árbol enorme con un palo de hockey como tronco.

—Serás un mentor increíble, Caleb —le digo. Me siento en el borde de su escritorio—. Tienes esa paciencia que solo dan los años de vigilar la línea azul.

Él se acerca y me toma de las manos. Sus dedos siguen siendo ásperos, marcados por mil batallas, pero su tacto es de una ternura infinita.

—Y tú serás la directora legal más temida de Colorado —sonríe. Por primera vez, las arrugas en las comisuras de sus ojos no parecen de cansancio, sino de felicidad—. Nadie volverá a intentar quitarles sus casas mientras tú estés al mando.

Me quedo mirándolo y me doy cuenta de que nuestra diferencia de edad, aquello que al principio me hacía dudar y a él lo mantenía a la defensiva, se ha convertido en nuestro mayor activo. Él aporta la sabiduría del veterano que sabe cuándo hay que resistir; yo aporto el fuego de la juventud que se niega a aceptar un «no» por respuesta. No somos dos mundos que chocan; somos un puente de experiencias cruzadas. Sus años me dan paz; mi energía le devuelve la vida.

—Miller y Mateo —murmuro mientras observo el nombre en la placa de la puerta—. El viejo bibliotecario estaría orgulloso de ver que su legado no se quedó solo en los libros.

—Mateo sabía que los cimientos más fuertes no se hacen de hormigón, Sofía. —Caleb me atrae hacia él y me rodea con sus brazos—. Se hacen con la gente que decide no rendirse.

Fuera, escucho las risas de los niños y el golpe rítmico de un puck contra una valla de madera en el patio trasero. La escuela es apenas el comienzo. Hemos construido algo que durará mucho más que un contrato de temporada o una carrera deportiva. Hemos levantado un hogar donde la justicia y el honor se dan la mano. Y mientras Caleb me besa la frente, entiendo que, por fin, hemos dejado de luchar contra el invierno para empezar a construir nuestra propia primavera.

Capítulo 41: El legado de la C

El aire en el estadio durante la pretemporada es distinto. No hay expectación, no hay rugido de la grada, ni siquiera ese olor a cafeína y nervios que precede a los partidos. Solo hay el zumbido constante de las máquinas de refrigeración y el eco de mis propios pasos, que hoy no llevan patines, sino botas de cuero que no hacen ruido.

Entro en el vestuario. Está a oscuras, pero mis pies conocen el camino hacia el banco de la esquina. La luz de emergencia proyecta sombras alargadas sobre las taquillas vacías. Me detengo frente a la número cuatro. Ya no están mis patines colgando del techo; solo queda la marca circular en la madera donde mi placa de nombre fue retirada hace apenas unos días.

Abro el pequeño compartimento superior. Solo quedan tres fotos: una de mis padres el día que me compraron mis primeros patines de segunda mano; otra de Erick, Samuel y yo levantando la copa hace años; y una última, mucho más reciente, de Sofía riendo en la cabaña, con el pelo alborotado por el viento de la montaña. Las guardo en el bolsillo de mi chaqueta, sintiendo que son lo único que realmente necesito llevarme de aquí.

Me giro hacia la taquilla contigua. La de Julián Ricci.

Saco un sobre blanco de mi bolsillo. En el frente, solo he escrito una letra: C. La insignia de capitán que Erick me cedió y que ahora, por decisión unánime del fondo de gestión, le pertenece al chico que aprendió a volar bajo mi guardia. Dentro, no hay consejos tácticos ni estrategias de defensa. Solo hay unas pocas líneas recordándole que un capitán no es el que más goles marca, sino el que se asegura de que nadie regrese solo al vestuario.

Dejo el sobre justo donde Julián no pueda evitar verlo al llegar mañana para el primer entrenamiento. Es el fin de un ciclo, el traspaso de un peso que ya no me pertenece.

Recorro el vestuario con la mirada una última vez. Aquí sangré, aquí lloré y aquí aprendí que la lealtad es un arma de doble filo. Pero mientras me dirijo a la salida, no siento la melancolía que esperaba. Siento una ligereza extraña, casi desconocida.

Salgo al túnel y empujo la pesada puerta metálica que da al aparcamiento. El sol de la tarde golpea el asfalto, y allí, apoyada en su coche, está Sofía. Al verme, se le ilumina el rostro con esa sonrisa que ha reescrito todas mis leyes de defensa.

—¿Lo tienes todo? —pregunta, acercándose a mí.

—Todo lo que importa —respondo, dándole un último apretón a las fotos en mi bolsillo.

Me detengo antes de subir al coche y miro la estructura imponente del Ice Palace. Durante quince años, mi identidad fue un número en una camiseta y un puesto en una alineación. Pensé que si perdía eso, me desvanecería como el vaho en el hielo. Pero mientras Sofía entrelaza sus dedos con los míos, entiendo que el "Roble" no ha caído; simplemente se ha mudado a un terreno donde las raíces pueden crecer sin miedo al frío.

Cierro la puerta del coche y no miro por el retrovisor. Mi identidad ya no es una letra bordada en el pecho, sino el amor que me rodea y el hombre en el que ella me ha ayudado a convertirme.

Capítulo 42: La lealtad nunca se retira

El sonido de las cuchillas al tajar el hielo fresco me eriza la piel, pero hoy el ritmo es distinto. No hay tensión de final ni urgencia por defender la zona neutral. El Ice Palace brilla bajo los focos para el partido benéfico anual; las gradas rebosan de familias de Vail Creek que ya no nos ven como ídolos, sino como parte de su propia historia.

Me apoyo en la valla del banquillo. En un rincón de la pista, un grupo de niños —incluidos los hijos de Erick y Samuel— persigue un disco gigante con sus mini-sticks. El pequeño de los Vane patina con la agresividad de su padre; la hija de Samuel maneja el puck con una precisión que me arranca una sonrisa.

—Parece que el relevo está asegurado, Roble —dice Samuel mientras se acerca con una bandeja de chocolate caliente.

—Ojalá tengan la mitad de la suerte que nosotros, Sam —respondo chocando mi hombro contra el suyo.

Miro hacia la grada de honor. Allí están todos: Erick y Marina, Julián y Valentina, Marcus y Elena, Nico y su pareja. Es una constelación de rostros que han pasado por el fuego de sus propias batallas. Hemos dejado de ser compañeros de vestuario para convertirnos en los cimientos de este pueblo.

En el centro de la pista, Sofía coordina la entrega de premios. La observo y me maravillo de su paz. Se muestra sólida, inalcanzable. Ya no es la mujer que temía enfrentarse a los gigantes corporativos, sino la líder que los hace temblar con una sola palabra. Es mi puerto seguro, la mujer que me sostiene cada noche cuando los fantasmas del pasado intentan regresar.

Ella se lleva la mano al vientre, todavía plano bajo el jersey de lana, y me dedica una mirada cargada de una emoción que nada tiene que ver con la adrenalina de los juzgados. Toma el micrófono y me hace una señal. El estadio guarda silencio; una calma expectante recorre cada fila de asientos.

—Gracias a todos por estar aquí —anuncia, y su voz llena cada rincón del pabellón—. Vail Creek nos ha enseñado que la lealtad es

un círculo que nunca se rompe. Juntos fundamos esta escuela para dar un futuro a los niños de nuestra ciudad... y hoy, queremos compartir con nuestra familia de los Blizzard que el próximo año habrá un nuevo alumno en la lista.

Me acerco y la rodeo con mis brazos. Mis manos, grandes y todavía ásperas por los años de lucha, descansan sobre las suyas, justo encima de nuestro secreto. En ese instante, el estadio estalla. El rugido de júbilo hace vibrar las vigas del techo; es un grito de alegría pura, una celebración de la vida que continúa más allá del deporte.

Siento su latido contra mi espalda y la promesa de una nueva vida bajo mis palmas. Miro hacia lo alto, donde mi dorsal número cuatro cuelga ahora del techo junto a las leyendas del club. Ya no me duele verlo ahí arriba. Ya no es una lápida; es una bandera.

Los focos se reflejan en la pista y dibujan un mar de destellos blancos. Mis hermanos de armas bajan al hielo y nos rodean entre abrazos y risas. Estamos todos juntos, bajo el estandarte azul y plata de los Blizzard, y formamos un muro que el tiempo no podrá derribar.

He colgado los patines, pero nunca me he sentido más útil. He dejado de ser el defensa para convertirme en el refugio. Porque, al final del día, el hielo puede ser gélido y las tormentas de Colorado implacables, pero los corazones que habitan este valle son puro fuego.

Y el fuego, cuando es compartido, nunca se apaga.

El final de un invierno inolvidable

Querida lectora:

Si estás leyendo estas líneas, es porque hemos llegado juntos al final del camino en Vail Creek. Escribir Pura Lealtad ha sido, en muchos sentidos, como ese partido de despedida de Caleb Miller: una mezcla de nostalgia, alivio y la certeza de que algunas historias nunca se terminan del todo, solo se transforman.

Cuando empecé la serie «Corazones de Hielo» con Erick Vane, no imaginé que este pequeño pueblo de las Rocosas se convertiría en un refugio para tantos de nosotros. A través de seis libros, hemos visto cómo el hielo más grueso puede derretirse cuando hay un fuego compartido. Hemos aprendido que la lealtad no es solo un contrato con un equipo, sino una promesa que nos hacemos a nosotros mismos y a quienes amamos.

Caleb y Sofía nos han enseñado que no importa cuántas cicatrices carguemos en las rodillas o en el alma; siempre hay espacio para un nuevo comienzo si tenemos el valor de bajar la guardia.

Gracias por ser parte de los Blizzard. Gracias por cada mensaje, por cada reseña y por permitir que estos jugadores —a veces tercos, siempre leales— ocuparan un lugar en tu estantería y en tu corazón. Sin ti, el Ice Palace estaría en silencio.

Si la historia de Caleb te ha emocionado, te pido un pequeño favor: deja una reseña en Amazon. Las estrellas son el combustible que permite que autores independientes como yo sigamos contando historias. Tu opinión es el «rugido de la grada» que nos impulsa a seguir escribiendo.

Aunque hoy colgamos los patines de esta serie, el fuego de Vail Creek nunca se apaga. Te espero en mi próxima aventura, porque donde hay pasión, siempre habrá una historia que merece ser contada.

Con toda mi gratitud y pura lealtad,

Eva

Luna Ray